

RECONSTRUIR

n.º 251 4576

CEDOC
FONS
A VILADOT



Editorial

Juventud

Jacobo Prince

Carta de la Argentina: Convocatoria electoral en un clima de incertidumbre

Redacción

En el Día de América

Gastón Leval

Práctica del socialismo libertario

Prof. H. Koechlin

El existencialismo, moda de posguerra

Jean Vineuil

Las fallas de la coraza

Jorge Ballesteros

Notas críticas. Anarquismo y estructura social

Diego Abad de Santillán

Calendario. Una familia para la historia: Camilo, María Luisa y Giovanna Berneri

Archivo

La energía eléctrica en la Argentina

Albert Camus

Antología. Restauraremos el valor de la libertad

La letra viva

"Viaje a través de Utopía", por María Luisa Berneri. "O retrato da ditadura portuguesa", por Edgard Rodrigues. "Tipos españoles", por Felipe Alaiz.

23

MARZO
ABRIL

RECONSTRUIR

revista libertaria

aparece bimestralmente

Buenos Aires

Marzo-Abril de 1963

Editor responsable:
Fernando Quesada

Administrador:
Roberto Cúneo

Consejo de redacción:

Gerardo Andújar
Luis Demasi
Jacobo Prince
Fernando Quesada

RECONSTRUIR es una publicación amplia, tanto en sus inquietudes sociales como en el criterio que aplica para la selección de los materiales que contiene. Por lo tanto, no comparte necesariamente las opiniones vertidas en ellos.

Suscripciones

simples:

República Argentina
anual m\$u. 120.—

Otros países

anual u\$u. 2.—

de apoyo:

República Argentina
anual m\$u. 200.—

Otros países

anual u\$u. 4.—

números atrevedos:

m\$u. 20.— cada uno.

Valores y giro:

Editorial Reconstruir
Castillo de Correo 120
Buenos Aires
Argentina

Registro Nacional de la Propiedad
Intelectual N° 745.231

Impreso en
América
Tacumán 153

Nos conmueve y preocupa el espectáculo de buena parte de la juventud cargada, agobiada casi por tremendos problemas que la envejecen para la marcha y para la acción en la vida, precisamente cuanto ésta espera, necesita, puede recibir tanto de su generoso aporte. Comprendemos todo, incluso aquello que esos jóvenes creen que somos incapaces de captar por no ser protagonistas directos de su drama y de su angustia. Comprendemos desde el afán apresurado de gozar su minuto de existencia, hasta la cortina real o ficticia que, con frecuencia, interponen entre su subjetividad anímica y la realidad externa por ellos heredada.

Comprendemos todo, pero no aceptamos ni justificamos las posturas resultantes de una actitud que, cualquiera sea su génesis, aleja a muchos jóvenes del bullente mundo real. Que lleva a unos a la cumbre de una indiferencia soberbia. Que arroja a otros al hondo pozo de un eclipse de la voluntad. Entre esos dos niveles extremos, unos y otros, y muchos que ocupan escalones intermedios, despliegan el juego de la autojustificación, de las compensaciones desbordantes de sensualismo, del dejarse estar, del dejarse arrastrar por aguas turbulentas cuyo curso creen no estar en condiciones de rectificar, aun cuando su final sea la catarata que se precipita en el abismo.

Para esos jóvenes, la juventud nuestra, la de ayer en lo físico, la de hoy en lo espiritual, no tiene vigencia para el cotojo. Afirman que el fervor idealista de antes tenía horizontes que encendían de fe el alma juvenil; que ahora, todos los horizontes se tiñen con la herencia de dos guerras, con incontables frustraciones, con las inmundicias y apetitos de los mayores, y se cubren con la negra amenaza en acecho del gran estallido nuclear que puede hacer fuego, ceniza, ruina y muerte de todo y de todos.

No queremos hacer aquí un cotojo cuyo valor parecería estar impugnado de antemano. No pretendemos comparar la intensidad de las problemáticas e interrogaciones juveniles de hoy con la de ayer. Sólo queremos recordar que ese ayer también tuvo su posguerra, la desilusión por la fatal desviación de la gran gesta revolucionaria del 17, la demencial irrupción del fascismo y del nazismo, la cruentísima derrota de la España antifascista y revolucionaria; y para no ir lejos ni más atrás en el tiempo, aquí, en el país, golpeó una y cien veces con inauditas represiones, tuvo los días de horror de la dictadura uriburista (¿saben nuestros jóvenes de hoy lo que fueron los espantos del presidio de Ushuaia, el cuadro quinto y la cárcel de Villa Devoto, la casa del hombre, toda la odisea experimentada por miles de jóvenes, adultos y ancianos, en el 30 y el 31?), las arremetidas terroristas de las "patrióticas" legiones cívicas, los procesos y las torturas, la lucha clandestina, bajo las presidencias de Justo y Castillo, para caer después en la experiencia —demagogia, corrupción, fanatismo, torturas sin nombre, todo el país convertido en cárcel— de la dictadura peroniana, que puso a prueba el temple heroico de aquella pléyade juvenil que se llamó la "generación del 45" y el coraje civil de hombres y mujeres de todas las edades, que de una y otra forma, desde diferentes flancos, jugaron su libertad y su vida en el ataque al despotismo y culminaron la lucha abatiendo al tirano. Ese ayer también embargó a los jóvenes de entonces con inquietudes, interrogantes, incertidumbre, lucha interior, búsqueda febril de salidas.

Un paralelo entre aquel ayer "sin problemas" y "con horizontes" y el hoy saturado de negativismo que paraliza a muchos jóvenes, esteriliza su rebeldía o los empuja a la trampa del mesianismo totalitario, nos llevaría a conclusiones propias del relativismo de espacio y tiempo, con todas sus variantes y mutaciones. No hay balanza que pueda comparar con precisión el valor de las cargas del pasado y del presente. Lo objetivo y lo subjetivo, lo exterior y lo íntimo del ser humano, lo que ayer se llamó de un modo y hoy se encasilla en la terminología de las disciplinas psico-sociológicas, socio-culturales, etc., no tiene unidades dimensionales ni cualitativas para formular ecuaciones o

RECONSTRUIR REVISTA LIBERTARIA

Nº 23

—

Marzo-Abril de 1963

—

Buenos Aires

UAB

 Biblioteca de Comunicación
 y Hemeroteca General
 CEDOC

desigualdades, parangonar cuadros y gráficos estadísticos, extraer consecuencias y conclusiones que tengan validez de verdades absolutas o de leyes indiscutidas.

Puede haber, y hay, más oscuridad en el panorama del mundo actual; puede haber, y hay, menos salidas a la vista para los intrincados problemas de hoy; puede haber, y hay, una tensión acumulada mayor en el espíritu de la gente que tiene la vida por delante y no encuentra caminos para su "yo" ni para sus relaciones con los otros "yo" que integran la comunidad parcial o general de que son parte. Pero la cuestión de las cuestiones, no está en librar uno y otro "match" sobre culpas y responsabilidades, ni en dar rienda suelta al resentimiento cavando más hondo en las fosas divisorias que muchos se empeñan en trazar entre distintas generaciones; la cuestión vital, para nosotros, es despejar incógnitas, todas las incógnitas posibles de las complejas formulaciones juveniles, sacar vendas de los ojos de la mente y del espíritu, desintoxicar el alma de la juventud desorientada por las drogas y venenos que la inhiben para ocupar la vanguardia de las mejores causas, la entregan indefensa al torrente del vicio y la delincuencia, la incorporan a bandas de psicópatas racistas, la atraen a la vorágine del activismo instrumentado que fabrica títeres y deslumbra con el éxito aparente, señuelos predilectos de los pescadores de la empresa internacional que aniquila o pervierte la esencia del hombre y de la vida: el totalitarismo.

Hay un punto de apoyo para rescatar esas vidas jóvenes antes que sea tarde. No debe tomarse como receta milagrosa, ni hacer olvidar que debe completarse con una intensiva labor de esclarecimiento. A la manera de las vacunas que la medicina aplica en base a los propios virus y las bacterias que provocan las enfermedades que se previenen o atacan, creemos que para nuestro objeto la misma duda puede inmunizar contra la decadencia. La duda que plantea mil preguntas y exige perentorias respuestas, puede servir de vacuna preventiva, hasta el momento en que la luz llegue a la mente y el espíritu. La duda que lleva al desenlace prematura de una definición negativa, puede mantener la esperanza, conservar el equilibrio, si tiene tiempo suficiente para alcanzar sin precipitaciones la respuesta satisfactoria.

A los 16, 18, 20 ó 25 años —vale aquí la "edad mental" de los psicopedagogos—, la duda que apremia el pensamiento no puede, no debe cerrarse con frustraciones definitivas. Debe continuar la batalla, proseguir la búsqueda, remover y rehacer las frágiles construcciones levantadas en la propia mente, replantearse y revisarse en vivo contacto con las enseñanzas del pasado, las realidades del presente y visión del futuro.

* * *

Recordamos la respuesta que un hombre de más de ochenta años —delegado fraternal en el congreso libertario de diciembre de 1961— dió a un joven que en una despedida inolvidable expresara la incertidumbre que le creaba la duda. Edgar Leuenroth, el viejo siempre joven, después de una jornada de sesenta años al servicio de su ideal, que había venido del Brasil para asistir a ese congreso, con el calor, la claridad y la belleza de su vibrante voz, dió estas pocas pero bellas palabras (la cita no es textual, pero refleja su pensamiento): "Sigue con tus dudas, joven amigo, hasta llegar a encontrar la respuesta, hasta que la verdad las ilumine, hasta que encuentres tú mismo el camino. La duda es fecunda, pero hay que seguir sin descanso la búsqueda. Así se llega a lo positivo, a lo que eleva al hombre a la altura de un ideal, a lo que hace que la vida sea digna de ser vivida".

Sí, comprendamos a esa juventud sincera, desubicada, inquieta, obrumada por la complejidad de sus problemas. Comprendámosla, pero no dejemos que se inmole a sí misma en el altar del pesimismo, que sea pasto de las llamas que enciende su propia inmadurez o impaciencia, que se petrifique en la costra de su propia insatisfacción, que se deshumanice marginándose de la gran odisea del hombre, partícula de la humanidad, resultante y autor de la Historia, que si debe sufrir o gozar las realidades que hereda, también tiene todos los derechos y todas las responsabilidades de ser actor en su propia existencia, de ser protagonista en una trayectoria que arranca de la caverna, llega a nuestra época y seguirá su curso. Este curso puede depender en buena medida de lo que hagamos nosotros y las generaciones que nos sigan. En esta gran responsabilidad frente al presente y al futuro, no hay escapatoria posible. Sólo que es tanto mayor, y debe sentirse más profundamente, cuando más tiempo y más energía está disponible. Para eso, tiene la palabra y debe entrar en acción la juventud. A nosotros nos encontrará siempre en ese terreno y recorriendo caminos en los cuales el aliento libertario ennoblece cada paso de la marcha.

Carta de la Argentina: Convocatoria electoral en un clima de incertidumbre *

por Jacobo Prince

Aproximadamente diez meses después del derrocamiento del presidente Arturo Frondizi (el 29 de marzo de 1962), producido por decisión de los comandos superiores de las fuerzas armadas y después de las diversas y algunas veces dramáticas alternativas creadas por varios "planteos", pronunciamientos y canchales de golpes militares, el gobierno presidido por José María Guido, con su ministro del Interior Rodolfo Martínez y el *visto bueno* de los tres secretarios militares —otorgado después de largos y trabajosos conciliábulos— hizo pública la convocatoria a elecciones generales en todo el país, las que deberán tener lugar el 23 de junio del corriente año. Este hecho, ha sido presentado oficialmente, como el anuncio de un fausto acontecimiento que tiende a la "normalización constitucional", la "pacificación", etc. Pero el clima real que reina en estos momentos en todas partes, no es ciertamente de euforia o de confianza. Algunos días y hasta algunas horas antes de que apareciera el decreto en cuestión, la mayoría de la gente, incluyendo al común de los políticos tenía muchas dudas de que tal convocatoria se hiciera. Y aún ahora, cuando oficialmente todo está decidido, de que realmente habrá elecciones en esa fecha. Ese descreimiento popular, palpable en todos los sectores, caracteriza de por sí el ambiente político argentino en la hora actual. Si a eso agregamos la difícil y tensa situación económico-social que vive el país y cuyas angustiosas consecuencias recaen como siempre sobre las grandes masas de asalariados, se comprenderá que el momento es muy poco propicio a una idílica salida electoral de la crisis argentina.

PERSISTENCIA DEL PERONISMO

Las causas profundas de la persistencia del peronismo radican en el malestar so-

cial, en las frustraciones sufridas por las masas obreras y campesinas del país a lo largo de varias generaciones, frente al estancamiento económico, al correlativo deterioro de su nivel de vida, al sórdido egoísmo de las clases dirigentes, a la inoperancia de los partidos políticos, y también, porqué no decirlo, ante la propia inoperancia de los sindicatos obreros burocratizados, que ya después de la década del 30 habían roto en general con la magnífica tradición combativa que forjara el movimiento obrero argentino a lo largo de más de cincuenta años y que constituyó la verdadera fuente de las más valiosas conquistas sociales.

La distorsión interesada de esa realidad histórica, más el influjo de ciertas ideologías a la moda, han hecho que un movimiento de filiación fascista en su versión criolla aparezca como fuente propulsora de progresos sociales, o sea como factor positivo en la convivencia nacional. Esta mistificación, alentada y desarrollada por diversos partidos populares e "izquierdistas", ha tenido como contrapartida la actitud de los grupos conservadores, patronales, reaccionarios en suma —pese a la inevitable connotación de "democráticos"— que en su enfrentamiento y oposición al peronismo revelan claramente una obsesión antiobrerista y antisocial, la cual hace magníficamente el juego a ésta y a otras tendencias demagógicas que han desnaturalizado el movimiento obrero y la lucha por mejoras sociales en la Argentina.

Así se explica que la revolución anti peronista de 1955, realizada por un sector de las fuerzas armadas —con la indiferencia y neutralidad del resto de las mismas— y que contó con el apoyo de la resistencia democrática, no haya logrado más que desplazar al dictador y a sus principales secuaces del poder, pero sin lograr de modo alguno la recuperación moral, económica y social del pueblo argen-

* Al publicar esta nueva "Carta de la Argentina" de la serie que escribe periódicamente nuestro compañero de redacción con destino a periódicos y revistas del exterior, ofrecemos a nuestros lectores la oportunidad de conocer un documento que refleja aspectos fundamentales de la realidad que vive el país, tras un apretado balance de los antecedentes que conducen a la actual situación y a las perspectivas que se exponen con singular objetividad.

tino, que hiciera imposible el retorno de esa dictadura o la implantación de cualquiera otra. Y no lo logró por la razón esencial, que hemos señalado en diversas oportunidades, de que los inspiradores de la llamada revolución libertadora estaban poseídos en su mayor parte por esa mentalidad conservadora y "revanchista" que veía en el peronismo una expresión de reivindicaciones obreras "extremas", contrarias al orden jurídico establecido. Esto, agregado a la incapacidad funcional, técnica y administrativa, de promover un resurgimiento de la maltrecha economía argentina, dio lugar a que el mencionado movimiento demagógico, lejos de extinguirse, echara raíces en la masa popular y que las persecuciones y exclusiones a que fuera sometido, tuvieran el efecto de darle una aureola de martirologio, la cual sirvió para borrar el recuerdo de la infinidad de latrocinios, derroches y atropellos que sus más aprovechados dirigentes habían consumado durante doce años a costa de todo el pueblo argentino.

EL EQUILIBRISMO DE FRONDISI

El gobierno constitucional de Frondizi, surgido de las elecciones de febrero de 1958, reflejó con mucho las taras que tal estado de cosas implicaba. Fruto de un pacto vergonzante con los peroneros de Perón y de una campaña electoral demagógica con fuertes tintes de lo que suele llamarse nacionalismo económico, sus cuatro años de ejercicio en el poder fueron un constante equilibrismo, con múltiples virajes y zigzagueos, entre los compromisos contraídos por una parte con el peronismo y por la otra con los grupos militares que habían desalojado a éste del gobierno. En otro orden de cosas, tuvo que afrontar las contradicciones que surgían entre su anterior prédica de nacionalismo económico, sobre todo en relación con el monopolio estatal de la riqueza petrolífera del país, y el turbio y escandaloso negociado realizado con empresas petroleras norteamericanas.

Ese mismo tipo de contradicción, más el agregado de negocios igualmente turbios que tuvieron luego resonancia de escándalo, caracterizó toda la gestión económica y social del gobierno de Frondizi. Mientras que por una parte se rodeaba de consejeros de formación bolchevizante o antecedentes peronistas, por el otro realizaba un violento viraje en favor del libre empresismo, entregando al ministro Alsogaray la gestión de la economía, con poderes que durante algún tiempo fueron omnímodos. Mientras parecía haber roto con el sector demagógico que le había dado el triunfo electoral, trataba de favorecer a ciertos dirigentes de ese sector

a través de la política llamada "integracionista", que en última instancia significaba la ambición de fundir el peronismo dentro de la UCRI, o sea el partido frondizista. Esta misma política se manifestó, con resultados funestos para el movimiento obrero, en la conducción de la CGT y de muchas de sus organizaciones. Gracias a la totalitaria ley de "asociaciones profesionales" y a las maniobras realizadas desde el Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, varios sindicatos fueron descaradamente entregados a dirigentes totalitarios, violando todas las normas legales y estatutarias; otros que como la Unión Ferroviaria supieron neutralizar con su capacidad orgánica tales maniobras de "colonización", fueron y siguen siendo permanentemente hostilizados por los funcionarios públicos, ya que, sea dicho de paso, la política del actual gobierno de transición es, en ese aspecto como en muchos otros, la misma del gobierno de Frondizi. En el orden laboral, es llevada a cabo por los mismos, resistidos y al parecer inmovibles funcionarios.

FRACASO ELECTORAL DEL OFICIALISMO

La crisis que culminó el 29 de marzo de 1962 con la deposición de Frondizi y su confinamiento en la isla de Martín García fue, en realidad, una crisis que se mantuvo latente a todo lo largo de su permanencia en el gobierno. Su particular maquiavelismo y su capacidad de maniobras le permitieron sortear una cantidad de situaciones difíciles de las cuales aparentemente salió airoso. En los múltiples pronunciamientos militares que tuvieron lugar durante ese período, su conocida "habilidad" le permitió desplazar a un grupo de "altos jefes" por otro rival, haciendo todas las concesiones que las circunstancias le exigieran, con la reserva mental, bien entendida, de anularlas cuando otro juego de circunstancias se lo permitiera. Un ejemplo de ese tipo de cambio brusco o salto mortal político, lo ofreció entre otros la famosa conferencia de Punta del Este reunida a fines de enero de 1962, para tratar la cuestión cubana. En esa oportunidad, el delegado de Frondizi estuvo firmemente junto con el grupo que apoyaba al gobierno castrista. Terminada la conferencia recibió la visita, repentina y misteriosa, del Che Guevara, el dirigente argentino del régimen hoy imperante en Cuba. Días más tarde, Frondizi pronunció, en la ciudad de Paraná un desafiante discurso en favor del neutralismo, de la tercera posición, etc. No se había extinguido el eco de tales manifestaciones cuando el gobierno argentino rompió relaciones con

Cuba, utilizando al efecto la misma argumentación que su representante combatiera en Punta del Este. Anticipándose a las expresiones de malestar que su actuación en ese asunto había causado en sectores políticos y militares, produjo ese imprevisto rompimiento, sacrificando desde luego a su ministro de Relaciones Exteriores.

Pero esa capacidad maquiavélica obtuvo un rotundo fracaso en las elecciones del 18 de marzo de 1962, cuidadosamente preparadas por Frondizi y su ministro del Interior Vitolo, con todos los recursos financieros y proselitistas de que podía disponer el Estado a fin de fortalecer electoralmente al ya debilitado partido gobernante. El lema publicitario central desarrollado por la propaganda oficialista con la directa intervención del presidente, se refería a una terminante opción entre el peronismo y el frondizismo. Era una jugada del todo por el todo. De haber salido triunfante, el gobierno se consolidaba y Frondizi habría podido convalidar la imagen que de él trazaron sus panegiristas y que al parecer fue admitida por los hacedores de la opinión pública de muchos países: la de ser uno de los primeros estadistas democráticos de América.

Como se sabe, el resultado de esas elecciones fue adverso a los cálculos de Frondizi y Vitolo, marcando un punto de partida para la nueva crisis que vive el país. El triunfo de los "justicialistas" en varios importantes distritos electorales, que parecía presagiar el retorno del peronismo al poder, desencadenó una especie de reacción en cadena cuyas repercusiones siguen afectando la vida política y social argentina. Conviene señalar que tal resultado electoral se debió en parte al fraccionamiento de los partidos considerados democráticos y que se suponen antiperonistas; en parte a la real persistencia de un sector político incondicionalmente adicto al prófugo dictador, al profundo descontento popular causado por la política económica del gobierno, con su falso "desarrollo", sus negocios escandalosos y los absurdos derroches con fines electorales.

EL PODER, EN MANOS MILITARES

Esa "reacción en cadena" comenzó inmediatamente después de las elecciones, con la intervención de los principales distritos donde triunfaron los peronistas, en un desesperado intento de Frondizi de salvar su permanencia en el poder, continuó con su deposición y confinamiento, la asunción formal de la presidencia por parte del senador José M. Guido, grosera ficción constitucionalista mediante la cual se quiso dar continuidad legal al gobierno, que en realidad

estuvo desde entonces en manos de los altos comandos militares que en menos de un año provocaron varios enfrentamientos armados entre los distintos grupos internos, siendo el más grave y el único donde hubo lucha efectiva y efusión de sangre, el que tuvo lugar a mediados de septiembre de 1962. La prueba más evidente de que estamos bajo un régimen militar es el hecho de que todas las decisiones importantes del gobierno, tales como la adopción de un "plan político", la fijación de un régimen electoral, el amenazante instrumento seudo legal llamado de "seguridad del Estado" —todo eso bajo la forma de decretos-leyes—, los problemas neurálgicos de las relaciones continentales, así como lo que se relaciona con medidas de tipo económico en el orden interno, se adoptan en reuniones del "gabinete militar" formado por el ministro de Defensa y los secretarios de Guerra, Marina y Aeronáutica, con la presencia a título de asesoramiento e información de algún otro ministro. La decisión final está ostensiblemente en manos de los militares. Claro es, que detrás de tales decisiones hay esquemas y finalidades políticas que no son trazados necesariamente por los personajes galoneados sino por astutos profesionales de la política; pero el hecho mismo de que tales decisiones se cumplan por vías militares es suficientemente significativo en cuanto a la efectividad actual y a las perspectivas de un futuro inmediato de la democracia representativa en la Argentina.

Pero, además de esta situación especial que implica el predominio político de los "factores de poder" —léase fuerzas armadas—, es evidente que las condiciones económicas y sociales que precipitaron la crisis se han agravado considerablemente a lo largo del período transcurrido desde entonces. Tales condiciones, incubadas durante la gestión del gobierno de Frondizi con el seudo desarrollo industrial, las falsas radicalizaciones de capitales y el insensato derroche realizado por el gobierno con fines diversos, se han manifestado en toda su crudeza desde abril de 1962 en adelante, con la devaluación drástica de la moneda, que llevó al peso argentino desde una relación de 83 con el dólar hasta la actual de 135 aproximadamente, después de haber pasado los 150 pesos por dólar; en la retracción comercial e industrial que significa el cierre, temporario o definitivo, de muchas fuentes de trabajo; en el extraordinario atraso del pago de sueldos y jornales a obreros y empleados del Estado y más aún a los que están en condición de jubilados. Todo esto mientras seguía inexorablemente el proceso de encarecimiento de los productos de primera necesidad, los transportes, combustibles, etc. Y mientras el déficit del presupuesto esta-

tal llegaba a fines de 1962 a unos 35.000 millones de pesos, a pesar de haber sido calculado al principio del ejercicio en algo más de 5.000 millones.

SIN CAMBIOS EN LA POLITICA ECONOMICA

Los sucesores del equipo económico de Frondizi nada hicieron para mejorar la situación, fuera de reclamar —e imponer— mayores sacrificios al pueblo y de solicitar desesperadamente moratorias y nuevos empréstitos en los centros financieros mundiales. El ministro Pinedo, representante de la vieja oligarquía conservadora, sólo llegó a desvalorizar el peso y a imponer considerables aumentos a los combustibles y nuevos impuestos al consumo. El descontento general, agregado a la crisis militar que se produjo a fines de abril, lo eliminó de la escena. Desde entonces hasta los primeros días de diciembre, el ramificado y complejo "equipo económico", que comprende a varios ministerios y secretarías de Estado, incluyendo la gestión de las empresas estatales, estuvo en manos del ingeniero Alvaro Alsogaray, ex ministro de Frondizi y de Aramburu, agresivo campeón del libreempresismo y adepto a las directivas y a la doctrina sostenida por el Fondo Monetario Internacional.

En lo sustancial nada había cambiado. Los excesivos gastos burocráticos y la pésima administración siguieron su curso mientras el equipo económico pretendía combatir la inflación restringiendo el crédito para las industrias, aumentando los impuestos y dejando sin pagar a obreros y empleados. Aparte de esto, el único medio para superar la crisis fue para el ingeniero Alsogaray la frecuente difusión por radio y televisión de discursos, pretendidamente didácticos, en los cuales prometía invariabilmente el fin de todas las penurias, siempre que el pueblo **aguantara** un poco más y le permitiera llevar a buen término sus planes de rehabilitación, planes que en la práctica resultaban inexistentes. La inoperancia de ese sistema llevó naturalmente a un mayor deterioro de la situación económica y a un creciente aunque contenido descontento popular, de tal modo que Alsogaray se convirtió en símbolo público de desastre en ese terreno. Y una vez más, con motivo de una de las tantas crisis militares, provocada esa vez por jefes fascitizantes de la Aeronáutica, quienes fueron rápidamente desplazados, el gobierno obligó a renunciar a Alsogaray con todo su equipo, siendo reemplazado a principios de diciembre por otro, de la misma escuela económica y de procedimientos idénticos, si bien con menos afanes publicitarios. Un episodio característico de ese período,

con marcada influencia negativa sobre la moral pública, fue el modo con que se ahogó una tentativa de investigar graves "irregularidades" que habrían cometido los más altos funcionarios, en funciones económicas. Después de la destitución de Frondizi y respondiendo a una fuerte campaña de varios sectores, el gobierno había designado una Comisión Investigadora, la cual debía poner en claro una serie de acusaciones documentadas sobre maniobras ilegales con motivo de transacciones como las que se refieren a los contratos petrolíferos, la venta de una gran partida de trigo, precedida de una gran desvalorización del peso, la compra de material ferroviario en el Japón a precio exorbitante, la especulación privada con fondos del Banco de la Nación, en todo lo cual había miles de millones de pesos en juego. En algunas casos los "negociados" fueron denunciados en el parlamento, sin resultado práctico alguno; en la opinión pública había arraigado la impresión de que esas "irregularidades" constituían un verdadero saqueo al tesoro público y se suponía que la labor de la referida comisión permitiría al fin aplicar sanciones ejemplares a los culpables. Los informes preliminares de la comisión apuntaban hacia personajes tan relevantes como Frondizi, varios de sus ex ministros, entre ellos el propio Alsogaray. Resultado: aprovechando el levantamiento militar de setiembre, este último, a quien el "azar" había designado como ministro interino de Interior, refrendó un decreto firmado por el presidente Guido, dando por terminadas las funciones de la comisión. Una vez más, siguiendo una tradición argentina, los grandes robos quedaron impunes.

HACIA OTRO PACTO "INTEGRACIONISTA"

En cuanto al panorama político propiamente dicho, se ha creado una situación paradójica. La destitución de Frondizi, se produjo aparentemente para impedir la vuelta del peronismo al poder. Para eso se dictó un Estatuto de los partidos políticos con una cantidad de cláusulas restrictivas, de dudosa ortodoxia democrática, que permiten, tanto invalidar a presuntos candidatos peronistas, como **negociar** la aceptación de los mismos. Hasta llegar a los sucesos de septiembre, la línea política del gobierno era dictada por un sector netamente anti-peronista, incluyendo a personas que creían inoportuno llamar a elecciones antes de algunos años. El triunfo del bando militar "azul", inspirado por políticos que hicieron bandera de elecciones a breve plazo, con evidente inclinación hacia lo que aquí se llama **integracionismo** —en la práctica un intento de utilizar o de rehabilitar al pero-

nismo—, impuso un viraje a esta orientación. El Estatuto de los partidos políticos sufrió algunas modificaciones, que no la alteran fundamentalmente, pero que permiten mayor facilidad de maniobras. Iniciada la actividad preelectoral todo vuelve a girar, para la mayoría de los partidos, en torno a la obtención de los votos peronistas. Los dirigentes de este último sector, que se llaman justicialistas, sin negar su obediencia al ex dictador, a quien consultan en repetidos viajes a Madrid, se han hecho aparentemente más flexibles. Su vocero y jefe visible en el país no es un desaforado caudillo sindical sino un culto neurocirujano, que teoriza sobre populismo y democracia social, empleando un mimetismo adecuado para atravesar las mallas del Estatuto y llegar de algún modo al poder.

Y mientras el justicialismo aparece así más urbana y presentable, la mayor parte de los otros partidos, desde el pequeño pero influyente sector de la democracia cristiana hasta los dos grandes sectores del radicalismo y las dos fracciones del "socialismo argentino" hacen todo lo que pueden para congraciarse con los secuaces del ex dictador, que desde su refugio en Madrid viene imponiendo directivas para la tan mentada normalización constitucional argentina. Es así que se están fraguando diversos "frentes nacionales", grupos de **coincidencia** y otras combinaciones semejantes, que en la medida en que se concreten en una fórmula gubernativa con probabilidades de éxito electoral, significarán un nuevo **pacto** del tipo que permitió el triunfo de Frondizi en 1958. Y probablemente con iguales o peores consecuencias que las de entonces.

PANORAMA DEL MOVIMIENTO OBRERO

En cuanto a la situación del movimiento obrero y de la clase trabajadora como tal es indudable que recibieron el impacto directo de la crisis económica, así como de la situación política arriba señalada, que afecta directamente a una gran parte de los dirigentes obreros excesivamente politizados.

Los sucesivos movimientos de huelga que los dirigentes peronistas de la CGT impulsaron a sectores obreros adictos, la mayor parte de las veces con fines ajenos al movimiento obrero, tuvieron como consecuencia producir en los gremios afectados un verdadero agotamiento, que repercutió lógicamente en su capacidad de lucha. Así, en la huelga general de 48 horas dispuesta por la Comisión Provisoria de la CGT los días 19 y 2 de agosto de 1962, pudo apreciarse el debilitamiento de la acción gremial, que en modo alguno pudo ofrecer una expresión de unanimidad y de fuerza. Tal realidad fue

comprendida y aprovechada por las entidades empresarias y por el propio gobierno, que dejaron de considerar a la CGT y a sus organizaciones como elementos capaces de pensar en el desarrollo de las relaciones laborales. Dicho de otro modo, patronos y funcionarios perdieron todo respeto por los sindicatos. Esto, agregado al proceso de declinación industrial, con la consiguiente desocupación obrera, dio lugar a un descarado y agresivo revanchismo patronal. Revanchismo que se manifiesta principalmente en la nueva renovación de convenios, o bien en el ofrecimiento de aumentos irrisorios, en el desconocimiento de reglamentaciones de trabajo y en despidos en masa, que no siempre guardan relación con la disminución real del trabajo. Un caso típico de ese proceder patronal, que significó un tremendo impacto para el movimiento obrero, fue la huelga combinada con un **lock out** que afectó a los obreros de la carne. Dicho movimiento comprendió a varios de los más importantes frigoríficos, de propiedad norteamericana. La organización gremial de esa industria, había sido siempre de las más combativas y sus dirigentes figuraron entre los "hombres fuertes" del gremialismo peronista. El conflicto, provocado por los empresas, al pretender imponer un convenio que alteraba fundamentalmente las normas vigentes, duró hasta cuatro meses. Fue un caso dramático, que puso de relieve la total indiferencia de las autoridades oficiales, la dura intransigencia patronal, así como la debilidad íntima de una organización sindical que se había considerado poderosa. Tanto es así, que en las últimas semanas del conflicto los dirigentes de la misma se dedicaron únicamente a buscar la mediación de cuanto personaje gubernamental, militar o eclesiástico se suponía capaz de mediar en favor de los trabajadores. El resultado fue una derrota total para éstos. Muchos quedaron sin ocupación, mientras a los restantes se les impuso un régimen de disciplina y rendimiento que implica un retroceso social de varias décadas.

Tal estado de cosas es propicio al desaliento y a la desesperación, lo que implica una situación semejante a la que prevaleció en la década del 30 al 40 y que sirvió precisamente como caldo de cultivo a la demagogia peronista.

EL CONGRESO DE LA CGT

En tales condiciones está reunida —al fin— el congreso nacional de la CGT, destinado a normalizar el funcionamiento de la central obrera. Desde hace más de dos años, la dirección de la misma estuvo en manos de una Comisión Provisoria integrada por representantes de las "62 organi-

zaciones" peronistas y el grupo llamado de los "independientes", entre los cuales se cuentan las organizaciones ferroviarias, las de los gráficos, empleados de comercio y otras. En principio esta comisión tenía que haber cumplido su cometido y por consiguiente cesado en sus funciones en diciembre de 1961. Ello no fue posible, en razón de las profundas divergencias que separan a los dos sectores y principalmente al carácter absorcionista y totalitario de los peronistas, que hace de la **convivencia** y de la unidad obrera un verdadero mito, en el cual muchos dirigentes "independientes" aparentan creer, en oposición a todas las lecciones de la experiencia. Recordemos, por ejemplo, que en las pocas oportunidades en que la CGT organizó actos públicos, con la participación de oradores de los dos grupos, los no peronistas de hecho no pudieron hablar, por impedírselo el tremendo griterío de la fanatizada masa peronista. Ultimamente, para complicar más las cosas, se había producido un aparente, aunque fugaz, acercamiento entre comunistas y peronistas, respondiendo sin duda a la táctica de "giro a la izquierda", insinuada por el ex dictador con fines de chantaje político.

El congreso de la CGT, convocado para el 23 de enero, se realiza pues bajo el signo de derrotas obreras, de reacción patronal y de intrigas por el monopolio de la conducción sindical. * La ficción de la unidad y la tendencia a imitar a los políticos

profesionales en lo que respecta a **integración** con los peronistas, ha hecho que los dirigentes sindicales independientes o democráticos descuidaran las posibilidades de constituir una central obrera que sin ser **única** fuera exponente de verdadera independencia sindical, es decir una organización no supeditada a directivas y combinaciones políticas, sino determinada por la libre voluntad de sus integrantes. En el momento actual esta posibilidad aparece como remota, pero por otra parte, resulta igualmente imposible una organización unitaria sin prevalencia exclusiva de un sector, el sector totalitario. El movimiento obrero argentino se encuentra pues ante una peligrosa encrucijada, en la cual las posibilidades de una verdadera y sana recuperación resultan sumamente difíciles.

Buenos Aires, 30 de enero de 1963.

* Escrito lo anterior y en el momento de enviar esta correspondencia, se han producido algunos hechos que creo necesario señalar. Finalizó el Congreso de la CGT, el que en realidad no hizo más que sancionar el convenio establecido previamente entre el grupo de los "62 gremios" peronistas y el de los "independientes", mediante el cual se estableció un sistema de dirección "bipartidista" de la Central obrera. En la práctica, sin embargo, hay un neta predominio peronista, en razón de que los elementos de este sector detentan las secretarías más importantes. La "unidad" lograda se debe en gran parte a un movimiento táctico de los peronistas, en relación con su política frentista y de la debilidad íntima de sus sindicatos. Lo cual no altera sus ambiciones hegemónicas, sembrera de futuros conflictos internos.

Día de América...

Ya que se ha marcado una fecha de abril para celebrar el día de nuestra América, vamos a señalar en pocas líneas algunas de sus más lacerantes vergüenzas, sin que por ello olvidemos otras muchas que se introducen en penurias, hambre, miseria, opresión, corrupción...

Vamos a marcar a fuego a los déspotas y a los regímenes de barbarie que más claman a los hombres y pueblos del continente por un esfuerzo mancomunado de solidaridad.

Sin desconocer las peculiares condiciones en que viven países como Bolivia, Perú o Nicaragua, existen dos nombres que parecen gritos de auxilio en demanda de justicia, angustioso pedido de libertad para poder vivir con un mínimo de decoro humano.

Paraguay, aquí, muy cerca nuestro, con la mitad de su población exilada, sigue bajo la bota de Stroessner, quien acaba de consumir —en febrero último— la farsa inicua de su reelección, por tercera vez, como presidente. Paraguay, con su historia trágica de persecuciones, matanzas, torturas, prisiones, cuyos extremos sólo pueden conocer bien quienes los sufrieron y sufren, ante la indiferencia cómplice de esa América grande que tanto declama sobre derechos humanos.

Y Cuba, que en enero de 1959 inundó de esperanza los corazones de todos los hombres y mujeres dignos de América, está ahí, con su régimen "marxista-leninista" de Fidel Castro, el descarado títere e instrumento obsecuente de la dictadura moscovita. Cuba, convertida en isla-cárcel, en la cual la odisea que sufren los prisioneros del gobierno castrocomunista llena páginas de horror y ensañamiento inenarrables. Cuba, donde una Revolución con grandes posibilidades de servir como ejemplo a los pueblos americanos, ha sido traicionada vilmente y entregada a los mismos que enterraron en el cenagal totalitario al pueblo que derribó al zarismo.

Que cada día sea un verdadero día de América, de los pueblos de América, en lucha infatigable contra todas sus vergüenzas, sus injusticias, sus tumores malignos más mortíferos: las dictaduras.

Y que en esa batalla de cada día, nadie olvide tampoco a las que se llaman naciones-madres: España y Portugal, sojuzgadas por los regímenes fascistas de Franco y Oliveira Salazar que, para mayor escarnio, están enrolados y son protegidos por el llamado "mundo libre".

Práctica del socialismo libertario *

por Gastón Level

Nuestro intento de anticipar cómo podría realizarse una transformación de la sociedad con vistas a establecer el socialismo libertario, choca con realidades y dificultades que no podemos desconocer. El perfeccionamiento de las técnicas de lucha del Estado y de las fuerzas conservadoras modernas, no permite esperar que el pueblo esté en condiciones de vencer, por la fuerza de las armas, contra los tanques, la artillería moderna, las bombas H y los cohetes teleguiados. Antes, pese a una casi igualdad en el armamento, jamás pudo hacer triunfar una revolución **social**. Menos aún lo podrá hacer en adelante.

Por otra parte, la economía moderna implica la interdependencia de las naciones. Un bloqueo exterior, que privara a Francia de petróleo y de sus derivados, de las 15 millones de toneladas de carbón compradas anualmente, mañana del gas sahariano, y de numerosas materias primas importadas de los cuatro extremos del globo, haría insostenible la situación económica, tanto más cuanto, para muchos proletarios, la revolución debe suponer un mejoramiento inmediato de su suerte.

Bajo muchos aspectos, los problemas planteados parecen pues insolubles porque son en gran parte nuevos, o han adquirido dimensiones tales que pueden suscitar desánimo para abordarlos. Sin embargo, dos referencias históricas ofrecen nuevas esperanzas a quienes procuran adaptarse a las nuevas circunstancias. Como se verá, esas referencias no son válidas más que dentro del cuadro de nuestra época y de la evolución social y moral cumplida por las sociedades humanas.

La primera es la liberación de la India. Esta experiencia ha demostrado que es posible hacer en nuestra época, y **en condiciones políticas internacionales favorables**, algo que habría parecido insensato suponer antes de la primera guerra mundial. Un pueblo colonizado por una gran nación que disponía de medios para imponerse todavía durante mucho tiempo, ha vencido al imperialismo al que estuvo sometido, sin emplear la fuerza armada, la lucha violenta, los combates tradicionales. La táctica de Gandhi, que era la de Tolstoi, quien parece haberse inspirado en Proudhon, ha mostrado su valor práctico. A condición de que la fuerza moral de los combatientes, su tenacidad, su coptación del espíritu público, su coraje cívico, su heroísmo, sean movilizados sin desfallecimiento, son posibles también otras victorias no menos importantes.

Hay allí una lección muy grande que deberíamos saber recoger, adaptando este método a las condiciones de lugar y de tiempo en las que se

* Bajo el mismo título, editóse en francés un interesante estudio (Groupe Socialiste Libertaire; Ginebra, Suiza, 1959; 64 páginas), en el que el destacado escritor se ocupa de aspectos prácticos fundamentales de una reconstrucción socialista libertaria de la sociedad. El texto que publicamos reúne el prefacio y el primer capítulo ("El reemplazo del Estado"), al que siguen otros cuyo solo enumeración refleja la importancia del trabajo: "La estructura sindical", "Descentralización y reagrupamientos industriales", "La agricultura", "Los servicios públicos", "La mantención del rendimiento", "En lo inmediato". Varios esquemas gráficos ilustran el folleto.

librarán las luchas sociales del porvenir. Pues hemos llegado a un grado de evolución de la humanidad civilizada que permite, en los países no totalitarios, hacer lo que durante mucho tiempo había parecido fuera de toda posibilidad. Partiendo del principio de la lucha activa, pero no violenta, se puede concebir y desarrollar toda una estrategia de combate en que los sindicatos verdaderamente sindicalistas, las cooperativas verdaderamente cooperativistas y las comunidades que se lancen decididamente a las realizaciones integrales, deberán y podrán construir, tanto en el dominio del espíritu público como en el de la economía, el mundo nuevo que deberá desarrollarse en el seno de la sociedad actual.

La segunda referencia es la toma de posesión de las fábricas de buena parte de Francia en junio de 1936. Se trata de un hecho de una importancia enorme que los trabajadores no hayan sido desalojados por la fuerza de los lugares de trabajo, ni que se haya intentado hacerlo, del mismo modo que no se intentó en Italia, durante la misma experiencia acaecida en 1920. En un caso como en otro, pudo haber numerosas víctimas. Siempre en los países civilizados, se entiende, se piensa ahora dos veces antes de repetir las masacres de 1848 o de 1871, que de ocurrir serían conocidas por el mundo entero y quedarían agregadas al nombre de los hombres y de los partidos que las hubieran ordenado. Pero no olvidemos que fue un gobierno laborista quien da la libertad a la India —Churchill no lo habría hecho— y que fue León Blum quien, ante la demanda de los partidos defensores del capitalismo, trata con los huelguistas de 1936. En ambas situaciones, aparece el papel primordial de la coyuntura política.

Debe subrayarse que en los dos casos de toma de las fábricas, los trabajadores no se mostraron a la altura de su misión histórica. No supieron ni hacer marchar las fábricas, ni continuar asegurando la producción, aun en la medida en que las materias primas existentes, la energía y los medios de transporte disponibles lo hubieron permitido. Contrariamente a lo que hicieron los de Barcelona, de Cataluña y de la región de Levante de España, fueron incapaces de reemplazar al patrón y a la dirección patronal. Eso prueba que la huelga general no es una panacea, y que no lleva a nada si no es solamente expropiadora, sino también organizadora. En cuyo caso, es verdad, deja de ser huelga y deviene en revolución transformadora de las estructuras sociales. Pero para hacerla, hay que prepararla. Los libertarios españoles no han improvisado. Sus realizaciones han sido la culminación de un largo proceso psicológico y práctico, siempre centrado en el objetivo final. En cuanto apareció la ocasión favorable, fue aprovechada.

• • •

Para mucha gente, el problema de los problemas es saber cómo construir el socialismo con una estructura orgánica nacional que sustituya al Estado y al gobierno. Pues para ellos, esos dos organismos, uno coronamiento del otro, no juegan sino un papel nocivo y antisocial. En verdad juegan también un papel útil, y desconocerlo es mostrar una ignorancia lamentable y un prejuicio incomprensible o ciego.

Aquellos que así piensan tienen razón en parte. El Estado y el gobierno han hecho un daño inconmensurable a las diversas sociedades humanas

con las guerras, las exacciones fiscales, la opresión política, el apoyo dado a los explotadores de las masas, la burocracia hipertrofiada, las tiranías de toda especie y el aparato de aplastamiento por ellos creado y mantenido. Pero a menudo —tal fue el caso de Luis XIV y de Napoleón, bajo cuyo reinado el Estado ha cometido sin embargo tantas fechorías—, han desplegado o hecho desplegar actividades útiles: construcción de rutas, caminos, puentes, vinculando entre sí regiones y ciudades; construcción de canales, irrigación de tierras, organización de los servicios sanitarios, de la enseñanza primaria, secundaria y superior, que nació sin ellos pero que han desarrollado; reforestación, ayuda aportada a las regiones más pobres gracias al impuesto. Todo eso no representa sino una parte positiva, relativamente reducida en relación a la parte negativa, pues un año de guerra destruye más de lo que se ha construido en veinte años de paz, y la economía del Estado se vuelve tan cara que si se estatizaran todas las actividades nacionales sobrevendría la bancarrota a breve plazo. Ya ni se cuentan las devaluaciones ni las quiebras fraudulentas en el curso de la historia. El solo hecho del franco reducido, desde 1914, a menos de dos céntimos de su valor, es bastante demostrativo. Si desde 1914, Francia —y lo mismo ha ocurrido en otras naciones— ha podido superar sus dificultades y desarrollar su riqueza, ello se debe al trabajo de los campesinos y de toda la agricultura, de los obreros y de todas las industrias, de los técnicos, de los organizadores, a la obra de los que han fundado fábricas y han dado vida a talleres y laboratorios, esforzándose, a menudo anónimamente, pero de manera eficaz, y creando sin cesar; incluso a quienes han organizado los cambios, la circulación de mercancías y la de los signos monetarios.

En ese país, y desde 1945, quince millones de productores —excluimos a cinco millones de parásitos— han forjado el progreso económico y asegurado la existencia de la población. El Estado no estuvo allí para nada. Intervino sobre todo para descontar, mediante una fiscalización a menudo abrumadora, el treinta, cuarenta, cincuenta por ciento del ingreso nacional, y no ha dado en cambio a la nación más que el diez por ciento de las cosas útiles de que ésta dispuso.

El período de progreso prodigioso de Europa y de la América del Norte ha sido el de la economía liberal. El "laissez faire, laissez passer" de la primera escuela económica constituida en Francia —la de los fisiócratas— se dirigía al Estado, y le recomendaba suprimir las barreras aduaneras, las restricciones, las reglamentaciones y una buena parte de los impuestos que trababan el esfuerzo de la agricultura, de la industria y del comercio. El Estado ha prestado servicio absteniéndose de intervenir. Hoy mismo, el resurgimiento de la economía alemana que es, sin duda, el fenómeno más espectacular de la pos-guerra¹, ha sido posible gracias a la economía liberal, aquélla en la que el Estado no interviene. Y en toda la historia de las naciones europeas, en la Roma antigua, China, el Medio Oriente, Egipto, el imperio persa, romano o bizantino, los períodos de prosperidad han correspondido a aquéllos en los cuales el Estado

¹ Se habla mucho de las realizaciones rusas. Además de que ellas han sido posible por la muerte de millones de esclavos, se deforma los hechos al afirmar que aquellas hubieran sido imposibles sin la estatización del país. Antes de 1914, el ritmo de desarrollo industrial ruso era ya superior al de la Europa occidental. Cualquier estudio serio lo demuestra abundantemente.

actuaba lo menos como empresa, mientras los períodos de hundimiento fueron la consecuencia de la esclerosis o de la parálisis creadas por el triunfo ruinoso del estatismo.

No ignoramos todas las taras de la economía liberal: división de la sociedad en clases sociales hostiles, explotación desvergonzada de los desheredados por los privilegiados, crisis económicas terribles, guerras. Pero los mismos males han sido siempre causados también por el Estado, y al menos esa economía liberal ha desarrollado, como hemos dicho, las riquezas de las naciones. El problema más importante es el de una mejor repartición de los bienes producidos, el de la justicia social que la estatización no asegura de ningún modo. Pero recordemos, por el momento, que, aparte de los servicios públicos que en el terreno local han sido obra de las municipalidades, el Estado no ha sido necesario en el noventa por ciento de las actividades creadoras de la sociedad. ¿Por qué, entonces, todo iría a la deriva con su desaparición? ¿Por qué no podría organizarse sin él también el diez por ciento de que hablamos?

Porque hay que destruir aquella ilusión persistente según la cual todas las relaciones económicas son organizadas, reguladas, sincronizadas, en el conjunto, por el gobierno y el Estado, y que la desaparición de estos últimos engendraría la parálisis general o el caos en la producción y la distribución de los bienes de consumo y de equipamiento, en una palabra, de todo lo que es necesario para el mantenimiento y el desarrollo de la vida.

Quien examina el funcionamiento de la economía en la sociedad capitalista, constata que las grandes ramas de la industria regulan sus relaciones mutuas según una práctica libremente establecida, a menudo desde hace siglos. Tal cuenca minera o tal sociedad de extracción ofrece, gracias a los capitales que ha sabido encontrar, a los ingenieros y a los mineros, el mineral de hierro a sociedades siderúrgicas que están constituidas desde hace mucho tiempo, sin que el Estado se haya mezclado o se inmiscuya en ello. Tales altos hornos, fundiciones, empresas de trafilación o laminación envían para su maquinado las chapas, los tubos, los lingotes, las barras de hierro, todas las materias primas preparadas a centenares de empresas, depósitos, talleres, que se han constituido en sus clientes habituales. Las fábricas o talleres elaboran o fabrican las máquinas, las herramientas, el utilaje, los productos terminados que son distribuidos a múltiples vendedores en un territorio determinado. Una inmensa rama de actividad se ha formado así al lado de muchas otras, y como estas últimas, es un conjunto viviente, activo, en plena expansión. En todo eso, como siempre, el Estado sólo ha intervenido para aplicar impuestos.

El mismo esquema puede reproducirse para todas las actividades industriales. Desde la obtención de la materia prima hasta su preparación, su transformación en artículos de uso, lo más importante ha sido asegurado mediante la acción coordinada de los hombres y de los agrupamientos de hombres. Igual hecho, aún más característico, se ha producido en la agricultura, nacida mucho antes que la industria, y que se ha desarrollado por sus propios esfuerzos. Es verdad que ahora, en un país como Francia, los agricultores demandan la ayuda del Estado, ante la necesidad de los rápidos progresos que se imponen para continuar la marcha de la economía moderna. Pero en países como los del norte de Europa,

es sobre todo a través de las cooperativas que han concertado gracias a su propia iniciativa, que los campesinos han realizado progresos admirables. Y la experiencia prueba que la intervención del Estado, que lleva generalmente al proteccionismo, no es de ninguna manera un verdadero factor de orden. ¿Lo es, por ejemplo, en los Estados Unidos, donde los stocks de trigo acumulados gracias a los subsidios oficiales se cuentan por centenares de millones de quintales y representan un valor de tres mil quinientos millones de dólares que nadie aprovecha?

Es verdad que el Estado ha intervenido a veces en la actividad económica para asegurar la calidad de las mercaderías (lo que hacían antaño las corporaciones de la Edad Media). Pero en una sociedad socialista, el fraude no tendría ya razón de ser, y las organizaciones especializadas se encargarían de velar por la calidad del trabajo.

Contrariamente, pues, a lo que se cree, y a condición de preparar desde ahora las realizaciones futuras, lejos de provocar el hundimiento y el caos económico, la socialización libertaria daría lugar al establecimiento de un orden hasta entonces desconocido. Aun cuando el capitalismo liberal y la economía burguesa hayan hecho las cosas por sí mismos con los resultados que hemos visto, estamos lejos de una organización racional tal como lo impone el buen sentido, para evitar el derroche y mal empleo de los recursos, a fin de satisfacer las necesidades de todos.

Nosotros prevemos una sociedad en que todas las actividades serían coordinadas, una estructura que tenga a la vez bastante flexibilidad para dejar la mayor autonomía posible a la vida local, o a la de la empresa, y bastante cohesión para evitar todo desorden. Pero, insistimos, esta nueva creación no reemplazaría al Estado sólo en cuanto se trata de ciertos servicios públicos. Pues no es el Estado, por ejemplo, quien ha asegurado la extracción de la arena, la piedra, la cal, la fabricación del yeso o del cemento, de los ladrillos, de las tejas, el volteo de los árboles y el transporte de madera, la preparación de la carpintería de hierro, del vidrio y de los caños de plomo, de los cerrajes, de los entablados, de las puertas, de las ventanas para construir las casas para vivienda.

En una sociedad bien organizada, todo eso debe ser hecho metódicamente, por medio de federaciones paralelas, reunidas verticalmente en la cúspide y que constituyan un vasto organismo de conjunto en el que todas las funciones económicas serían solidarias y mantendrían, permanentemente, la cohesión necesaria.

El existencialismo, moda de posguerra *

por el Prof. H. Koechlin

Aproximadamente desde el fin de la guerra la palabra existencia se ha convertido en una expresión de moda.

Lo que antes era el socialista, comunista, liberal o también el surrealista o anarquista, fue entonces el existencialista.

El hecho que desde aquel momento se hable más de existencia que, por ejemplo, de revolución, de la sociedad sin clases, de comunidad, de progreso y libertad, tiene sus buenos motivos.

La gigantesca catástrofe bélica, con sus repercusiones aún más catastróficas, no sólo ha aniquilado la existencia material de incontables seres humanos, sino que ha sacudido hasta lo más hondo la existencia espiritual del hombre, y ante todo del hombre de espíritu. Se derrumbó el pensamiento utópico del futuro, que nos había dejado el siglo pasado como luminosa herencia señera.

Juzgamos hoy como utópicos todos los modos de pensamiento que, sean burgueses o socialistas, nacionales o internacionales, cristianos o ateos, parten de la suposición de que el problema del hombre es primario y principalmente un problema de organización social. Nuestros padres, burgueses o socialistas, ateos o creyentes, miraban compasivamente, con cierto desdén, los pasados siglos; y si estaban descontentos del presente, se sabían sin embargo en una ruta que prometía, si no para ellos mismos al menos para sus hijos o nietos, condiciones de vida soportables, aunque no fuesen un paraíso.

Su existencia era para ellos, en ese camino, segura y natural; no hablaban de ella, porque no se habla de lo que es natural, ni se medita sobre lo que aparece como sobreentendido o evidente. Ese fue ciertamente un pecado del olvido. Pues también nuestros padres tuvieron que morir. Y la muerte que suprime nuestro ser, presenta el problema de nuestra existencia en todos los tiempos y en todo su rigor. Hubo,

por tanto, pensamiento existencial siempre, pero sólo una oleada gigantesca de muerte, como la que significó la última hecatombe mundial con sus fenómenos concomitantes más tremendos aún, pudo dar a la idea de la existencia, que siempre resulta una duda en la existencia misma, la amplitud y popularidad que adquiere. La amplitud es acompañada siempre por la chatura. Por eso tenemos también actualmente existencialismo hasta el cansancio. A título de existencialista, se ha dejado de lado la preocupación por la verdadera existencia.

Renuncio al intento de definir el concepto de la existencia. Lo que defino, en todo caso, no es la existencia. Pero un concepto que no puede ser definido, no es tal concepto. Más bien me parece la existencia como algo con lo que están en relación todos los conceptos que pueden ser definidos.

No me queda más recurso que describir ese algo y, por medio de conceptos que pueden ser definidos, circunscribirlo. Hablo siempre de algo distinto de aquello que quisiera hablar, aunque seguramente sé más de ella que de todos los conceptos.

Lo que vale para mi ensayo, también vale, según creo, para toda la filosofía de la existencia. Tiene que ver con algo que no es ni concepto ni objeto. Para poder hablar de ese algo, hay que convertirlo en un objeto conceptualmente palpable. Hay un malentendido cuando el oyente o el lector no comprende que debe hacer de ese objeto nuevamente algo que no es conceptualmente captable, pero del cual sabe más que de todo otro objeto. Por eso la filosofía existencial está emparentada más estrechamente en su expresión con el arte que con la ciencia.

Al comienzo de su *Mito de Sísifo*, escribe Albert Camus que la única problemática filosófica seria es el problema del suicidio, es decir el interrogante sobre si la vida es digna de ser vivida. Se pueden hacer, más

* El ensayo que ofrecemos fue remitido por su autor desde Suiza, país donde ha alcanzado singular prestigio por su actuación cultural, que trasciende fuera de los medios libertarios que lo cuentan como uno de los escritores y conferenciantes más capacitados. Como podrá apreciarse por el propio estilo, se trata de una conferencia dada por Koechlin, sobre un tema cuya complejidad intrínseca reclama, además de la idoneidad consiguiente, un adecuado sentido didáctico que facilite la captación del oyente o del lector. La extensión del trabajo nos obliga a publicarlo en dos números sucesivos de la revista, lo que nos concita a sugerir el conocimiento íntegro del texto, para formar juicio y apreciar, en todo su valor, la colaboración cuya primera parte damos aquí. El opúsculo ha sido traducido del alemán.

allá de eso, dice, innumerables preguntas, por ejemplo, de cuántas dimensiones se compone el mundo, etc. Estas preguntas son todas interesantes, pero no antes de que se haya respondido a la primera. A los libros clásicos dedicados sería y exclusivamente a este problema, pertenecen los **Confesiones** de Agustín y los **Pensamientos** de Pascal. Ambos eran pensadores existenciales. Pero la comprensión de lo esencial en sus exposiciones nos es dificultada por la dependencia de esos pensadores católicos de los postulados dogmáticos de la creencia, a los que no podemos seguir.

Más cerca de nosotras está por este motivo la **Confesión** de Tolstói. En desesperación incesante que se prolongó durante muchos años, busca el ruso el sentido de la vida. Una vivencia intuitiva le salva del suicidio. Ha encontrado un sentido a su vida; Dios se la ha revelado. ¿Pero qué es Dios? Tolstói lo define al margen del dogmatismo como "lo que mueve al ser humano a vivir y a no suicidarse".

Pero la vivencia no termina la problemática para el ruso. Pues ahora importa obedecer a Dios, es decir realizar el sentido de la vida. En ese esfuerzo tropieza Tolstói con lo que la filosofía llama antinomias, es decir, contradicciones insolubles. Una antinomia existencial es la situación en que un hombre tiene que decirse: si hago esto, cometo un crimen; si hago lo otro, cometo un crimen tan grande como aquél; si no hago nada, entonces cometo más propiamente un crimen.

Para escapar a estas contradicciones, huyó el anciano poeta de la familia y del hogar y murió en una solitaria estación de ferrocarril, entre el hielo y la nieve. ¿Fue el suyo un paso dictado por la creencia o por la desesperación? ¿La última realización de su existencia o el suicidio?

Este problema me parece que no tiene objetivamente respuesta, y todas las investigaciones psicológicas, numerosas por cierto, son inaccesibles. Podría tener respuesta sólo para el que pudiera experimentar esa situación, aunque no fuese más que en la fantasía.

Se puede ocupar uno del problema del suicidio también no existencialmente, vale decir, objetivamente. Se trata de un problema psicológico y sociológico interesante, respecto al cual no se piensa ni en sueño que uno mismo podría quizás quitarse la vida. Tampoco se pregunta por el sentido de la vida, lo que significa que se considera la vida objetivamente, como algo que corresponde al mundo, al ser, a la sociedad o a la humanidad, no como algo que le pertenece exclusivamente a uno mismo.

Plantear un problema existencialmente significa, en primer término, hacerlo sim-

plemente con seriedad objetiva. Si esta última falta, las respuestas pueden ser a lo sumo eficaces si consiguen engañar ocasionalmente a generaciones enteras. También el engaño puede adquirir significación, secundariamente, en el trágico sentido existencial. Pero no quiero eludir ese amplio campo. Nadie piensa, me parece, por influjo exclusivo del pensamiento. Si se pudiera iluminar por entero al hombre psicológicamente, se descubriría detrás de cada acto de pensar algún interés vital. Así, por ejemplo, un matemático puro piensa terminar un libro, quizás porque le impulsa la ambición o el hambre. En semejante escala, se podría llamar existencial, psicológicamente, a todo pensamiento. Pero la fórmula matemática nada tiene que ver, sin embargo, con el honor ni con el hambre. El contenido de lo pensado no tiene la más mínima que ver aquí con la razón vital del acto de pensar. Por eso calificamos filosóficamente tal pensamiento como no existencial.

Un filósofo no existencial salta por encima del interrogante de partida de Albert Camus, del problema del destino de Tolstói. Su pensamiento se ocupa de todo lo que está fuera de nosotros, de la tierra y el cielo con el sol, la luna y las estrellas, también del ser humano, en la medida que está fuera de nosotros. Se ocupa objetivamente de todo lo objetivo, es decir de lo que está frente a nosotros como objeto, incluso de nosotros mismos, en tanto estamos frente a nosotros como objeto. Este pensamiento está limitado por la finita limitación del objeto mismo, es desmenuzado y caótico debido a la accidentalidad de sus objetos. Pero el pensamiento quisiera chocar con una necesidad ilimitada. Sólo en lo ilimitado se podría comprender también lo limitado y únicamente en un ordenamiento necesario se podría interpretar lo casual y caótico.

En su penuria, el pensamiento se auxilia con una abstracción que le permite integrar el mundo de los objetos visibles, audibles y palpables en un todo infinito.

A este ser único infinito no puede ya representárselo el sujeto pensante, pues no puede representarse más que lo espacial y temporalmente limitado y divisible. Pero lo cubre con el nombre del ser objetivo y lo piensa completamente como objeto. A esta especie de filosofía la llamamos filosofía del ser, ontología griega. A este modo de pensar se le llama racional y objetivo y, a menudo, también científico. Pero es racional y científico sólo en la medida en que se ocupa de lo subjetivo real, o sea de los objetos limitados. Pues al ser infinito no llega lógicamente sino mediante un salto. Hace un salto gigantesco literalmente in-

finito. ¿Cómo llega el pensamiento de lo finito a lo infinito? Me parece que por una conclusión por analogía. Pienso que soy un ser objetivo ilimitadamente abarcativo, al agrandar hasta el infinito en el pensamiento un objeto limitado que está realmente ante mis ojos. Si ese monstruoso proceso del pensamiento es también real, sobre eso no me hago idea alguna. Presupongo esa realidad más bien como algo evidente. Me aferro a esa abstracción como a un salvavidas. ¿Qué sería si no lo real, si comenzase a dudar de esa realidad? Para mí es la medida de la verdad y del valor de todas las cosas, y finalmente también de mí mismo.

De esa manera trato de resolver mi problema de la existencia con un rodeo sobre la objetividad. El ser objetivo infinito que he adquirido recurriendo a la abstracción del objeto limitado, me sirve de respaldo para la afirmación del carácter de ser de todas las cosas finitas. De éstas, concluyo en mí mismo. Ya no puedo dudar ni desesperar, pues me sé una partícula ínfima de un todo infinito. Algunos llaman a ese monstruo Dios, otros idea, otros aun substancia material infinita, o incluso psiquis. El saber acerca de eso, que pertenezco a ese ser objetivo, crea el sentido de mi vida. Todo lo subjetivo que hay en ese sentido, es bueno; cuanto lo contradice, malo o pernicioso.

Todas las concepciones ontológicas, por mucho que se hostilicen mutuamente, tienen de común entre ellas que quieren comprender como objeto al individuo. Entre otras cosas, significa como pequeña partícula un gran todo. Si el ser humano quiere cumplir el sentido de su vida, tiene que integrarse y subordinarse al gran todo. Es bueno lo que agrada a Dios, lo que ordena el Estado, lo que sirve a la sociedad, lo que mantiene la raza o la nación, lo que está en el sentido de la historia.

Aquí interviene la crítica existencial.

Con la universalización absoluta del mundo objetivo de las cosas y con mi propia conversión en cosa, afirma, me pierdo yo mismo con todas las cosas. El ontólogo, que cree situar su existencia en un terreno objetivo seguro, lo aniquila en verdad al reducirla a una mera cosa del pensamiento, que es tan abstracta como el ser infinito construido por él. Yo no soy pues nada más que el resultado de una abstracción. ¿Dónde queda mi yo real y bullente? Se oculta como el hombre bajo el uniforme de un agente de policía. Este cuadro me parece ser algo más que una analogía. Sin duda existe una conexión íntima entre el pensamiento objetivo y el uniforme del agente policial. Volveré más adelante sobre ello. Entretanto todo va bien. Pero cuando el filósofo exis-

tencialista postula el pensamiento subjetivo, no nos quiere ilustrar eso. Pareciera que se sacrifica la verdad misma con una subjetividad sin límites.

Hay que esclarecer aquí un posible malentendido. Si hablamos de verdad objetiva, nos referimos simplemente a la verdad corriente. Si hablamos de verdad subjetiva, nos referimos a la verdad objetiva coloreada subjetivamente, es decir, a la semiverdad, cuando no a la inveracidad.

Exigimos de un juez objetividad, mientras que permitimos a un abogado o a un testigo una cierta medida de subjetividad, y esto equivale al menos a la semiverdad.

Si usted oye hablar de filosofía subjetiva, supone también que se trata de un fantaseo arbitrario según el capricho y el humor, que no se preocupa en realidad de que sus resultados sean también verídicos.

Para comprender la filosofía existencial, sin embargo, hay que liberarse de esa presunta equivalencia entre "objetivo" y "verdadero".

Esto no quiere decir que no haya una verdad objetiva. Objetivamente verdadera es una declaración u opinión que se cubre con la materialidad de un objeto. Si usted dice: Basilea está en Suiza, eso es objetivamente verdadero. Si yo digo: en este momento brilla el sol, ello puede ser objetivamente verídico o no. Usted tiene fácilmente la posibilidad de examinar ambas declaraciones. Mira por la ventana hacia afuera o consulta el mapa. Es decir, usted examina la verdad de una u otra afirmación en un objeto. Pero si yo digo: Basilea es la más hermosa ciudad del mundo, ese cuadro es horrible, este señor es un pillastre, te amo, este vino es bueno o, incluso, hay un Dios, todo ello no es objetivamente verídico ni inverídico, sino que, en general, no es objetivo. Y sin embargo puede ser verdad o no, es decir, subjetivamente cierto o falso. La veracidad o inveracidad de estas declaraciones no las puede usted comprobar en ningún objeto. Esto lo sabe también el juez. Distingue por eso entre calumnia e injuria. Si yo le llamo a usted embustero, me absuelve si puedo probar objetivamente que lo es; pero si le llamo pillastre, no admite la prueba de la verdad, simplemente por el hecho que no la hay.

Y sin embargo una declaración subjetiva puede ser verdadera o no, o más bien ser más verídica o más inverídica. Pero el contenido de verdad de mi declaración está en este caso sólo en mí mismo. No beneficia nada a la mujer si le digo que la amo, si ella, que es en este caso el objeto, se mira en el espejo, pero me observa a mí, que soy sujeto de esa declaración, y puede llegar eventualmente a percibir una huella de inveracidad. La verdad subjetiva no es,

como la verdad objetiva, un acuerdo de una representación subjetiva con un hecho objetivo, sino un acuerdo misterioso en el interior del sujeto mismo. A ese misterio, del cual nadie puede decir lo que es, se le ha llamado acuerdo del sujeto consigo mismo. Aquí se me ocurre exponer un pasaje del evangelio de Juan:

Poncio Pilatos le pregunta a Jesús quién es.

Jesús responde: "El que está en la verdad, oye mi voz".

Replica Pilatos: "¿Qué es verdad?"

Jesús calla.

La interpretación teológica corriente, es decir objetivo, de ese diálogo es ésta: el pagano no quiere admitir la verdad y se aferra a su hondo escepticismo, ante la cual Jesús no considera digno dar respuesta alguna.

Pero Jesús no dice: Por mí percibes la verdad, sino "el que está en la verdad, me oye". A la pregunta sobre qué es la verdad, calla, porque no hay respuesta a esa pregunta que tenga validez para otro. Habría podido también decir: La verdad es el asunto más recóndito. En ella nadie tiene que intervenir, tampoco el hijo de Dios.

Un dominio indiscutido de la verdad objetiva es el de las ciencias naturales. Esas ciencias tienen que ver con objetos reales, palpables. También caen en el dominio de lo objetivo las matemáticas. Su objeto es nuestra razón, en tanto puede ser objeto para nosotros. Ningún matemático puede tener la ocurrencia de querer penetrar hasta la raíz subjetiva de nuestra razón.

En el dominio de lo subjetivo cae todo lo que nos infunde el sentimiento, como el arte, la ética y la religión.

De tal manera, se habría logrado una separación neta y todo sería muy simple y banal.

Pero esta limpia separación no nos satisface. No podemos liberarnos de querer una sola verdad, pues dos verdades son para nosotros tanto como ninguna.

Por eso quedan abiertos a la filosofía sólo dos caminos. O tiene que esforzarse por ajustar lo subjetivo a lo objetivo, o a la inversa, referir lo objetivo a lo subjetivo.

El primer camino, que hemos denominado camino de la filosofía del ser, lo hemos indicado ya.

El segundo camino, el de la filosofía existencial, consiste, en mi opinión, en dos trayectos. El primer trecho lo designamos como crítica de la objetividad; el segundo, como experiencia y declaración existencial. Esta subdivisión me parece necesaria por motivos expositivos. Pero, como puede notarse, es artificial. Pues la crítica hay que hacerla en general sólo en base a la experiencia existencial y es por sí misma una declaración existencial, encontrándose lo

último en discusión interminable con la ligazón entre la existencia y el ser objetivo; es pues continuamente crítica. El filósofo existencial no puede menos de reconocer como tales las verdades objetivas que proporcionan las ciencias naturales. Son evidentemente verdades existenciales, y si las desprecia tropezará simplemente con ellas en la vida cotidiana.

La crítica comienza con la valoración filosófica del ser de esas verdades objetivas. Esa crítica la hizo ampliamente Immanuel Kant. En su estética trascendental descubre el filósofo de Königsberg el mundo de los fenómenos. Esto no quiere decir que no haya un mero mundo aparente. Hay ciertamente algo ahí, pero de ese algo nunca sabemos cómo y qué es. Nada pueden cambiar en eso ni el telescopio ni el microscopio, pues nuestra percepción depende, a pesar de todas las invenciones, siempre de nuestros órganos de los sentidos. Y la estructura de esos órganos determina la percepción en tan gran medida como la cosa que es percibida. Pero Kant va más lejos. El espacio mismo no es de modo alguno algo que percibimos. Nada puede incitarnos a admitir una realidad exterior independiente de nosotros. Más bien nos aparecen las cosas en el medio del espacio. El espacio corresponde al sujeto, lo mismo que las categorías de la razón, con cuya ayuda el sujeto vincula sus percepciones entre sí.

Lo importante es que esa crítica corta radicalmente el camino del conocimiento del ser. Con eso ha asestado Kant un último golpe al ingenuo cuadro medieval del mundo. Se suponía al ser enteramente limitado por el cielo, tierra e infierno. ¡Arriba, abajo, centro! Esta representación del mundo como una construcción jerárquica espacialmente limitada, llevó lógicamente al concepto escolástico objetivo del ser. Este no era concebido en modo alguno como abstracto, sino representado concretamente. También el tiempo era para el hombre medieval una magnitud real objetiva, es decir, limitada, que llevaba desde la creación del mundo por Dios hasta el más reciente tribunal.

El Renacimiento y la **Aufklärung** (Ilustración) destruyeron ese ingenuo cuadro objetivo del mundo por medio de la investigación científico-natural e histórica. Espacio y tiempo se abrieron en lejanías infinitas.

Los escolásticos sabían lo que hacían cuando levantaron hogueras contra los destructores del mundo objetivo. Pero finalmente no les quedó más remedio que adaptarse a las circunstancias alteradas. Y así se intentó salvar al ser objetivo mediante una abstracción, justamente con esa abs-

tracción monstruosa de un ser infinitamente objetivo.

La crítica kantiana de la posibilidad del conocimiento objetivo no es, como se admite de diversos modos, de mera significación académica. Más bien es la expresión de una grave crisis existencial del hombre. Esa crisis se inició con la descomposición del cuadro medieval del mundo. Y nosotros quedamos estancados en esa crisis, quizás en su punto culminante.

Quiero aclarar seguidamente, desde distintos ángulos, esta situación de crisis. En este intento de una exposición de la existencia en el absurdo, pondré más peso en la evidencia viviente que en el ordenamiento sistemático. Transmito mis pensamientos según el orden de sucesión que resultó al meditar sobre este tema.

Las ciencias han lesionado incesantemente el límite que puso Kant a la ciencia objetiva. Incursionan al dominio del arte, de la moral, de la religión. Por otra parte, nunca pueden mantenerse lejos de la subjetividad que invade sus dominios más específicos. Pues incluso el hombre de ciencia más frío es un sujeto humano. Existe aquí una lucha sin fin. En esta controversia se ha visto la situación trágica en lo esencial de nuestra vida. El español Unamuno, católico antiescolástico y herético contra la voluntad, la experimenta como una lucha a muerte, encarnando para él la existencia humana una agonía.

Habíamos desistido de querer determinar lo que es bello en base a la estética científica. Tampoco la moral cuenta hoy, como en la época del positivismo, con el respaldo de las ciencias. Sin embargo, el sentimiento religioso es todavía dirigido en vasta escala por la pseudo ciencia de la teología, y la ética y el arte no han abandonado tampoco la búsqueda de un algo objetivamente determinable que les dé sentido y dirección.

En otro terreno, el objetivismo en la psicología científica ha recibido un nuevo apoyo. Una objetivización completa de lo subjetivo tenía que caer víctima del alma humana, de modo que tampoco la psicología sería ya posible como ciencia por falta de un objeto.

En esta ciencia, que tiene que tratar específicamente con lo subjetivo, también el sinnúmero de conflictos es el de mayor rudeza. Descubrir esta problemática trágica en el sentido más auténtico de la psicología, tenía que ser obra de un psicólogo que fuese al mismo tiempo un filósofo. La crítica de la razón pura, que ya no se puede eliminar de nuestro pensamiento, debe completarse

hoy con una crítica de la psicología práctica. Kant puso límites a la razón con recursos de la razón mismo y la liberó así de las erróneas prestaciones tradicionales.

De igual modo, me parece que la crítica de la psicología con los medios de la psicología misma, sería una acción liberadora. En qué dirección me imagino tal crítica, sólo puedo indicarlo apenas aquí. Si abrimos un diccionario psicológico, tropezamos con una serie de conceptos que pertenecen enteramente a la esfera de la subjetividad. Incluso para los conceptos fundamentales como normal, real, sano y enfermo, no da una medida objetiva, sino una artificialmente convenida, es decir objetivada. A menudo, el modo de expresión psicológica trata de objetivar las palabras de contenido subjetivo mediante alteraciones lingüísticas. La culpa se convierte en complejo de culpa, la angustia en neurosis de angustia. Ha sido señalada por Karl Kraus, pero también por pensadores más importantes, que el pensamiento del hombre es determinado en alta medida por el lenguaje que habla. Así llegan también muchos psicólogos y no pocos pacientes a objetivarse a sí mismos. Pueden verse, y con ellos a todos los demás, como objetos esquemáticos de la observación psicológica. Se tratan a sí mismos y a todos los demás como fenómeno psicológico y así se pierden y pierden a los demás. A menudo olvidan su propia lengua y hablan el lenguaje de algún maestro. Se convierten de neuróticos en psicólogos. Pues no hoy para el disparate neurótico ninguna cloaca receptora más apropiada que el mundo psicológico del concepto. Ese proceso me parece el más frecuente y más devastador del tratamiento psicológico.

Un concepto específicamente objetivo opuesto es el concepto del subconsciente. Es objetivo, sólo objetivo, es decir, nunca existencial. El análisis científico me muestra el subconsciente como fenómeno objetivo. Lo observo en el objeto, en un hombre que está frente a mí. Análogamente concluyo en un subconsciente en mí mismo. Puedo incluso observarlo, pero sólo en la medida que soy objeto, es decir, fenómeno, presencia. Existencialmente no soy un subconsciente, pues sólo sé de aquello que resulta inconsciente para mí. Ese dualismo debe ser tenido siempre en cuenta por el psicólogo práctico. Si lo ignora, su actividad lo lleva siempre a lo contrario de lo que persigue. Lo lleva, pues, a la enajenación y a la pérdida de la personalidad humana.

(Concluye en el próximo número)

Las fallas de la coraza *

por Jean Vineuil

Desde hace algunos meses, el mundo comunista, desde el Elba al Pacífico, da la impresión de encontrar dificultades que no son simplemente las de crecimiento; ellas traducen la resistencia opuesta por los hombres o las cosas, por la naturaleza humana o la naturaleza económica ante los planes ambiciosos de los dirigentes. Nadie sabe aún, de éste o del otro lado lo que resultará en definitiva y sería prematuro, para los adversarios del comunismo, cantar victoria. Sin embargo se acumulan los signos que testimonian una evolución que no se dirige precisamente en el famoso "sentido de la historia" que los comunistas, a fuerza de reunir éxitos, habían convertido poco a poco en un artículo de fe, incluso para los más escépticos. Occidente comienza a sentirse más rico y más fuerte, menos sujeto a la inevitable decadencia. Síntoma más grave para las gentes del Este: incluso los intelectuales de Europa y de América no se posternan ya ante los de la URSS, de Polonia o de China. Moscú ha dejado de ser la Meca y aun los ídolos de Pekín han perdido un poco su misterioso poder de fascinación. El joven gigante que con sus prodigios asombró al mundo revela algunas debilidades y, visto de cerca, adquiere proporciones más humanas. El porvenir no aparece ya como estrictamente determinado, la partida no está jugada. En suma, se respira. ¿Con razón o sin ella?

Lo que más impresiona son las dificultades económicas, pues fue precisamente en la economía donde los comunistas habían jurado triunfar. El terreno de competencia elegido por ellos mismos era la posibilidad de elevar lo más rápidamente posible el nivel de vida de los pueblos. Siete años de experiencia y de métodos ampliamente inspirados por Khrushchex no aportaron a la URSS los resultados que se descontaban.

Las dificultades y los fracasos más evidentes aparecen en la agricultura. Sin alcanzar proporciones que permitan hablar de hambre o aún de escasez, la crisis ha sido y sigue siendo suficientemente seria como para ser objeto de confesiones oficiales en la URSS y en las "democracias populares". Verdad es que una serie de malas cosechas ha contribuido también a tal situación. Pero desde ya resulta evidente que la crisis tiene causas más profundas y que los dirigentes tienen conciencia de ella. De hecho lo que está en cuestión es el concepto mismo de agricultura "socialista" o "colectivista". ¿Cómo explicar de otro modo que solamente en Polonia (adonde Khrushchev envió discretamente hace algunos meses a investigadores del Comité Central) la situación sea satisfactoria y donde la población no tenga quejas que formular al menos en ese terreno? Y ocurre que la agricultura polaca no ha sido socializada y sigue estando bajo régimen privado. En el mundo comunista todo ocurre como si los dirigentes, para mejorar la producción agrícola se vieran obligados a volver la espalda poco a poco al dogma y a los imperativos de la colectivización. Pese a las celebraciones que se han hecho de su concreción en las diversas "democracias populares", lo cierto es que sólo haciendo concesiones a los campesinos —sea en materia de precios, sea en la producción privada— lograron los dirigentes impedir que la masa se desinteresara del trabajo efectuado por el sector "socialista".

* De "Preuves", París, Francia.

La decisión más interesante adoptada recientemente por la URSS se refiere a la elevación de los precios agrícolas, especialmente los precios relativos a los productos de la ganadería: carne, leche, manteca, en proporciones que varían del 20 al 40 %. Khrushchev ha debido finalmente aceptar una solución poco conforme a sus propias tendencias. Ante el estancamiento de la ganadería eran teóricamente posible varias soluciones. La primera consistía en el método llamado "administrativo" (más claramente, la coerción), cada vez más difícil de aplicar y sin duda cada vez más ineficaz y peligrosa para el régimen. La segunda podría consistir en aumentar las inversiones directas del Estado en la agricultura, sin modificar los precios. Es la que sin duda Khrushchev habría querido aplicar actuando al mismo tiempo sobre los koljoses menos rentables a fin de que mejoren los precios de costo.

Pero tal aumento de inversiones agrícolas planteaba directamente la cuestión de las grandes opciones en materia económica, y especialmente la prioridad consentida a las inversiones militares. La solución que prevaleció consistía en hacer pagar al consumidor, es decir, a fin de cuentas a la clase obrera soviética. En otros términos, y por primera vez en cuarenta años, no era el campo el que financiaba a la ciudad, sino a la inversa: la alianza de los obreros y los campesinos de la hoz y el martillo jugaba a favor de la hoz. Naturalmente, para explicar el sentido de este retroceso, Khrushchev evocó el recuerdo de Lenin y el ejemplo de la N.E.P.

Al mismo tiempo que comprobamos la incapacidad del régimen para llevar la agricultura por las vías de la prosperidad socialista, conviene destacar que esta decisión revela la negativa de los dirigentes soviéticos de reducir los gastos de armamentos. Negativa que ellos posiblemente lamenten, pero que formulan sin embargo en términos categóricos. Sea como fuere, el hecho es que la parte del consumidor y la de los productos a su disposición no habrá de aumentar más rápidamente que el crecimiento general de la producción industrial. Dicho de otro modo, la relación entre el sector A de la industria pesada y el sector B de la industria liviana, seguirá siendo desfavorable para el segundo. Una vez más, muchas promesas quedarán incumplidas.

Otra dificultad en perspectiva: las incidencias del Mercado Común sobre el comercio del Este. Los soviéticos no habían creído en esta institución europea; la postulación de Inglaterra es hoy la mejor prueba de su éxito. Débiles tal vez en relación con el comercio de la Unión Soviética, que posee armas para defenderse, las incidencias del Mercado Común no pueden ser subestimadas por ciertas democracias populares exportadoras de productos agrícolas y mal colocadas para la competencia industrial. Las últimas reuniones del COMECON, el organismo oriental de cooperación económica, revelan esa inquietud, y la aplicación de los remedios propuestos (refuerzo de la "división del trabajo", mayor coordinación de las inversiones, reparto de tareas) no deja de suscitar dificultades y querellas. Hay que vencer los particularismos nacionales en nombre de una "solidaridad socialista", detrás de la cual reaparece la voluntad soviética de dirigirlo todo, lo cual provoca a su vez ciertas reacciones en las democracias populares, a las que se califica rápidamente de "chauvinistas".

Pero el conjunto del problema económico sigue dominado por la "carrera armamentista". Con un presupuesto militar que se puede considerar sensiblemente igual al de los Estados Unidos, pero con una renta

nacional muy inferior, la U.R.S.S. siente gravitar sobre sí, en mayor proporción que Norteamérica, el peso del tremendo esfuerzo militar que imponen la era nuclear y la utilización del espacio. En materia de competencia económica se puede esperar, vivir con retraso, extender las etapas con algunos años suplementarios; pero la aparición de un retardo técnico o la persistencia de un desequilibrio cuantitativo adquieren un significado totalmente diferente en el dominio militar. Sin poner en peligro la seguridad del país, ello impediría a los dirigentes practicar con eficacia la política de las pruebas de fuerza, de las presiones y las amenazas, con la cual siguen contando aún ampliamente para la expansión comunista. Ciertamente es que el mantenimiento de un secreto riguroso sobre las realidades militares, puede permitirles, más fácilmente que a los norteamericanos, realizar cambios. Pero estos últimos saben cada vez más a qué atenerse sobre la verdadera situación de la fuerza soviética. Si no parecen impresionarse demasiado ante el "cohete global", exaltado por Khrushchev, ni por el proyectil antcohete capaz de "tocar una mosca en el espacio", es evidentemente porque dudan de su existencia, de su eficacia o de su estado "operacional". Hace algunos años los Estados Unidos sufrían del complejo del "missile gap" (atraso o "brecha" en proyectiles-cohetes). Hoy todo parece indicar que ellos estiman haber superado a la URSS en materia nuclear, cuantitativa y cualitativamente y que esta última creyera lo mismo, sin dejar de jurar lo contrario.

Menos rápida en su desarrollo económico de lo que pareció hace cinco o seis años, menos victoriosa de lo que se había creído en la carrera del espacio y de los armamentos nucleares, la U.R.S.S. parece igualmente menos capaz de ganar la competencia en el tercer mundo, donde revela visibles signos de ahogo. Moscú escatima sus divisas, sus máquinas, sus equipos. Por otra parte, algunos fracasos de su técnica o de sus técnicos, así como las malandanzas de algunos de sus misioneros demasiado celosos, han frenado su penetración en los países subdesarrollados. Después de algunos años de optimismo delirante, la URSS y su bloque descubren sus limitaciones y flaquezas. Socialista o capitalista, dirigida, liberal o concertada, la economía no es, evidentemente, una criada para todo servicio, del poder político.

Los regímenes marcan, pues, el paso en la gran rivalidad económica, técnica y militar entre el Este y el Oeste. Nótese además indicios de cierta degeneración interna del mundo comunista, de un "mal de indiferencia". La gente parece ya no creer en nada. Aparentemente, la gran mayoría se burla del "comunismo". Sólo se preocupa de sus pequeños asuntos personales, de los "trucos" donde despliega un talento prodigioso, de su comodidad material, del dinero. La "causa" pasa de todos modos a segundo plano. Por otra parte, se advierte cada vez más interés por saber lo que se dice y se hace en el extranjero, y sobre todo en Occidente. El jazz adquirió derecho de ciudadanía, a pesar de las resistencias oficiales. El arte abstracto ya no se oculta. Las costumbres se depravan.

Los partidos comunistas, núcleos y centros nerviosos del sistema, sólo reclutan arribistas ambiciosos, burócratas incorregibles y mediocres. El partido ya no es ese grupo de gente selecta, esa vanguardia que se imponía por su prestigio, ni tampoco el temible reducto tras el cual, y con ayuda de la policía secreta, el poder vigilaba a todo un pueblo. El gran

esfuerzo realizado por Khrushchev y por los dirigentes del Este que él había logrado convencer (esfuerzo que consistía en devolver al partido su papel de guía en la construcción del comunismo) parece haber fracasado. El partido dirige, ciertamente y aún cada vez más, pero la gente no lo quiere. Lo separa de la población esa enorme distancia que se traduce, en el lenguaje, por la distinción entre "ellos" (los del poder, del Kremlin, del partido) y "nosotros" (la gente del pueblo).

Se plantea así la cuestión de las motivaciones ideológicas de los regímenes comunistas. Khrushchev había tratado de rehabilitarlos después de la gran esclerosis de los últimos años del stalinismo, reemplazando el terror por la convicción, la violencia por la persuasión. Pero parece que en lugar de una adhesión libre, espontánea, razonable, los dirigentes sólo obtienen una resignación sombría que hace estallar de vez en cuando algunas burbujas de descontento. Los *sputniks* y los cosmonautas no pueden hacer olvidar las colas frente a los almacenes de víveres; la lectura de los *Izvestia* y de los discursos de propaganda en la televisión, no pueden satisfacer imaginaciones cada vez más ávidas. Especialmente la juventud, escapa al régimen. Se aparta de la enseñanza oficial del marxismo-leninismo y busca, en pequeños círculos intelectuales, concepciones mejores y aplicaciones distintas del socialismo.

Es decir que la destalinización, a la que el XXII Congreso había dado un nuevo impulso en la U.R.S.S. y en ciertas democracias populares donde se había cumplido hasta entonces con bastante timidez (Checoslovaquia, Rumania, Bulgaria) no produjo los efectos esperados. Ella logró sin duda aflojar la tensión, pero no logra *atraer*. Hace los regímenes más soportables, pero no más convincentes. Suprime temores, pero suscita esperanzas que no puede satisfacer.

Hace algunos años, en la época del XX Congreso y hasta principios de 1960, el "campo socialista" daba cierta impresión de unidad. De dos años a esta parte no ocurre así y el monolitismo no es ya siquiera una fachada. Una crisis con China, otra con Albania, han aparecido, en grande y en pequeña escala, respectivamente, como manifestaciones de un fenómeno fundamental, que es el mismo, respecto al conjunto de ese campo y a cada uno de los regímenes nacionales: la imposibilidad de neutralizar —desaparecido Stalin— las fuerzas centrifugas. Y la ausencia de todo poder "federativo", al nivel de los diversos Estados, impide las medidas coercitivas a las cuales los gobiernos pueden más fácilmente echar mano dentro del cuadro nacional. Esta impotencia en someter al más grande (China) como el más pequeño (Albania), coloca a los dirigentes soviéticos, y en primer término a Khrushchev, frente a una situación delicada.

En el supuesto de que la U.R.S.S. perdiera la dirección del movimiento comunista internacional y aún la del "campo socialista", ello no tendría otras consecuencias que las que atañen a su propio prestigio y su potencia, si se mantuviera por otra parte la unidad, ya sea por la transferencia de la dirección en otras manos o por el establecimiento de una dirección colegiada. Pero la unidad se va desmoronando poco a poco; aun cuando las divergencias no lleven forzosamente a la ruptura (como algunos observadores occidentales se han aventurado a anunciar, prematuramente); aun cuando la fachada sea restaurada, no por ello es menos cierto que el "bloque de novecientos millones de hombres" resulta una figura

obsoleta. El sistema de un solo centro es substituído por un sistema de dos centros, que mañana puede quizá serlo de varios más. A partir de tal situación, ¿puede en realidad hablarse de sistema? ¿Qué significará el bloque comunista cuando, eliminada la pureza doctrinaria diamantina, el cónclave de los dirigentes de sus partidos integrantes llegará a parecerse a un congreso radical socialista?

¿Significa esto que el bloque de Estados comunistas ha dejado de ser una amenaza para el resto del mundo? Admitir esto sería un absurdo.

Algunos podrían más bien objetar que cuando más dificultades internas encuentren los gobiernos del Este, mayor será su tentación de buscar un derivativo en aventuras exteriores. En ese sentido, un éxito en Berlín equivaldría para Khrushchev una compensación por el aumento de los precios agrícolas. Semejante enfoque de la cuestión sería a la vez pesimista y optimista: pesimista, porque significaría un nuevo período de tensión internacional; optimista, porque supondría que el mundo comunista estaría al borde de la crisis.

Que estemos ante las perspectivas de un nuevo período de tensión, es muy posible. Pero sería grandemente exagerado, si ello ocurriera, considerarlo como un derivativo de los problemas internos de la URSS y del campo comunista. La crisis de Berlín tiene otros motivos. Provocada durante la culminación del período aufórico del "khrushchevismo", constituye ante todo un barómetro de la relación de las fuerzas internacionales. Por lo demás, Khrushchev no tiene nada de aventurero.

Sería igualmente exagerado suponer que el bloque comunista va a fragmentarse, que los gobiernos que lo integran se verán cada vez más obligados a ceder ante las masas de los respectivos países, que las presiones económicas impondrán a los dirigentes opciones dramáticas y que el peso de los hechos y de las evidencias imponga, en suma, una verdadera coexistencia pacífica, a quienes continúan en el Este actuando y calculando en términos de lucha revolucionaria.

No estamos aún ante esa eventualidad. El poder sigue estando allí en manos de hombres que quieren servirse de él para consolidar y extender su imperio, el de su partido y de su ideología; las dificultades que pueda encontrar ese poder en su desarrollo, son consideradas por ellos como obstáculos, molestos sin duda, pero provisorios. Sus voluntades siguen tensas en pos del mismo objetivo: la construcción del **comunismo**.

Sus orientaciones seguirán siendo, pues, las mismas, durante largo tiempo. El afán de unidad prevalecerá sobre las divergencias. La nostalgia del stalinismo ejercerá sus seducciones sobre los cuadros irritados por la degenerescencia. El imperativo del "orden", los privilegios de la dictadura, quizás la persistencia o aun el renacimiento de un ideal revolucionario, son otros tantos factores que se opondrán al aburguesamiento interior y al hundimiento exterior.

Occidente cometería un grave error si pensara que en la conciencia de los dirigentes y de una gran parte de los cuadros comunistas, el "mito" se ha extinguido. Cuando mucho, podrá esperar que quienes persisten en considerarse como sus adversarios, comprenderán poco a poco que los instrumentos de que ellos disponen para transformar el mito en realidad, no son tan potentes ni tan eficaces como ellos pensaban. Y aún hará falta que las democracias sepan y quieran aprovechar las oportunidades que, quizás milagrosamente, aún se les ofrecen.

Anarquismo y estructura social

por Jorge Ballesteros

En la época en que Bakunin y Proudhon polemizaban con Marx y Engels sobre modalidades y finalidades revolucionarias, el bienestar popular no era ciertamente preocupación aneja al Estado. Instrumento legal, coercitivo y militar de la burguesía, el Estado se presentaba consustanciado con los intereses de ésta y por lo tanto siempre hostil a las demandas de los asalariados. Si bien socialistas libertarios y socialistas autoritarios coincidían en la impugnación del Estado burgués, aliado de la explotación capitalista, tenían una divergencia fundamental con respecto a su abolición revolucionaria: proponían los primeros la inmediata transferencia de las funciones de coordinación y administración, detenidas por la burocracia, a las entidades a cuyo cargo estaría la producción en la nueva sociedad: cooperativas, comunas agrarias, asociaciones regionales de consumo y producción; los segundos, en cambio, propugnaban el fortalecimiento "transitorio" del centralismo estatal y la concentración de todo el poder político en las autoridades revolucionarias, previamente expurgadas de opositores a la nueva dictadura. Unos y otros procuraban instaurar una forma de convivencia humana más justa que el régimen burgués, pero los anarquistas trataban de que la sociedad se transformara mediante —según la acertada expresión de Martin Buber— "la renovación de su tejido celular" en tanto que los marxistas anteponían el ejercicio y la reglamentación del poder político a toda experimentación social.

El advenimiento del capitalismo, observa Buber, trajo consigo un acentuado predominio del centralismo político y económico. La sociedad pre-capitalista basaba su producción —como la basó también la sociedad capitalista— en la opresión económica de los más pobres, mas a diferencia de ésta, era una sociedad multicentrada. Además del poder propiamente estatal de los monarcas y del poder económico de las empresas comerciales burguesas, todavía carentes de la técnica industrial que aceleraría su expansión, existían otros importantes núcleos de poder: ligas de ciudades independientes, asociaciones de campesinos, uniones gremiales y artesanales, fuerzas militares autónomas de la nobleza, posesiones territoriales y prerrogativas políticas del clero. Estos poderes, al limitarse y contrarrestarse entre sí, favorecían la relativa libertad individual del hombre común, perteneciente a los sectores medios e inferiores de la estructura social, con la única excepción del sector vinculado al trabajo obligatorio de la tierra, tarea que involucraba una servidumbre absoluta. No debemos lamentar, desde luego, la derogación de los privilegios de clérigos y nobles terratenientes, pero sí debemos reevaluar cuidadosamente ciertos aspectos descentralistas de la sociedad abrogada por el capitalismo, por ejemplo, la cordial relación, de persona a persona, la solidaridad mutua y el elevado sentido de la responsabilidad social de la profesión, con que trabajaban y convivían los integrantes de un taller artesanal típico. No se puede pretender, por cierto, en una sociedad modernamente reestructurada, revivir el taller artesanal o la aldea

comunitaria primitiva, tal como se dieron en la historia. Pero en atención al grado que alcanzaron de autonomía individual y de distribución equitativa de los beneficios del trabajo, hay que tratar de aprehender, a través de la investigación y la ponderación de sus experiencias, su espíritu de libertad y solidaridad, para reasumirlo en el mundo de la técnica. Tal ha sido una de las tareas específicas del anarquismo, inflexión revolucionaria del socialismo genuino, categoría de pensamiento dentro de la cual no puede incluirse el marxismo, a poco que se reflexione sobre su centralismo político, heredado de la ideología burguesa. "Marx y Engels —comenta Erich Fromm— estaban en muchos aspectos imbuidos del concepto tradicional que establecía el predominio de la esfera política sobre las esferas socio-económicas. No pudieron liberarse de la idea tradicional acerca de la importancia del Estado y del poder político, **de la idea de la primordial importancia del mero cambio político**, idea que había sido el principio guía de las grandes revoluciones de clase media en los siglos diecisiete y dieciocho. En este respecto, Marx y Engels fueron pensadores mucho más burgueses que hombres como Proudhon, Bakunin, Kropotkin y Landauer".

Después de animar, durante la segunda mitad del siglo diecinueve, multitud de revoluciones y movimientos sociales tendientes a obtener una reestructura efectiva de la sociedad, y que culminaron en la trayectoria, fulgurante y breve, de la Comuna de París, y en la creación del cooperativismo, las ideas libertarias definieron la lucha y los objetivos de gran parte del campesinado revolucionario de México (1910-1917) y de Ucrania (1917-1921); apuntalaron las realizaciones de las colectividades españolas (1936-1938) y forman, desde 1948, año en que se fundó la nueva patria hebrea, la médula pensante vital de los "kibutzim" israelíes, aparte de haber sido intempestiva e intensamente impelidas a orientar una rebelión popular contra el totalitarismo, por los protagonistas intelectuales y obreros de la insurrección húngara de 1956. Las doctrinas marxistas, como es notorio, son la suprema instancia ideológica de Rusia, China y países satélites de ambos regímenes dictatoriales. A más de una centuria de la polémica inicial entre anarquismo y marxismo no resulta difícil comprobar que aquél, sin asignar a su prédica el atributo de clave única de la historia, permitió concretar, y actualmente promueve, posibilidades de una sociedad humana éticamente superior a la sociedad capitalista, en tanto que éste condujo derechamente a la instalación en el poder de una "nueva clase": la expoliadora, intolerante y privilegiada burocracia de un partido único.

De todos modos, y retrotrayendo el análisis a su histórico punto de partida, la crítica del Estado burgués, formulada de consuno por anarquismo y marxismo, llevó gradualmente a la conciencia popular, la realidad de su opresión clasista, y el capitalismo, amenazado por una sublevación general, se vio obligado a hacer, a través del aparato gubernamental, algunas concesiones a los explotados trabajadores cuya beligerancia espoleaban sindicatos y partidos socialistas. Empero, el funcionario estatal se perfiló rápidamente como un competidor del propietario burgués: a su intervención en los conflictos entre capital y trabajo, siguió su intervención directa en las actividades productivas que monopolizaba el capitalismo. Surgen entonces la legislación laboral, la aceptación legal del derecho de huelga, las empresas estatales: aparece la sociedad presidida por

el "Estado benefactor": "la sociedad del bienestar" — "the welfare society" — vigente hoy en los países occidentales de mayor adelanto político, técnico y cultural.

* * *

Evert Ardvissón, un periodista sueco de muy fino discernimiento, acaba de publicar un valioso libro: **El anarcosindicalismo en la sociedad del bienestar**. En una síntesis de la historia más reciente de su país Ardvissón señala el año 1918 como el del término de la potestad monárquica: el sufragio universal consolida el poder parlamentario y éste introduce las primeras leyes de reforma social. Tres lustros más tarde, la alianza entre el partido socialista y el partido agrario, inaugura la política del "Estado benefactor", ininterrumpida hasta el momento.

Tanta es la gravitación del "Estado benefactor" en las condiciones de trabajo de los asalariados, que oponerse a ultranza a sus designios, como lo prescribía el anarquismo del siglo diecinueve, acarrearía una inmediata pérdida de contacto con los obreros, que Ardvissón estima desastrosa para la propagación de las ideas libertarias. Un ejemplo de Ardvissón ilustra significativamente sobre el problema. En Suecia hay dos confederaciones obreras: la socialista (reformista-estatal) y la anarquista, ésta última minoritaria. Poco antes de 1940, los cotizantes de la primera, de acuerdo con el gobierno reformista-estatal, instituyeron cajas de seguro contra el paro, oficialmente subvencionadas, que vinieron a satisfacer una apremiante necesidad de los obreros suecos. La confederación obrera libertaria, SAC, se vio ante un dilema. Si ignoraba las cajas, sus afiliados quedaban en inferioridad de condiciones en relación a los afiliados de la confederación gubernista. Si encaraba la formación de una caja propia, comprendía que le resultaría imposible sostenerla con las cotizaciones de sus no muy numerosos miembros. La única manera de extender a sus afiliados el nuevo beneficio social consistía en la fundación de una caja, también subvencionada por el Estado, lo que implicaba, según el sector "principista" del movimiento, una contradicción con la prédica ideológica tradicional. La SAC no demoró su resolución en polémicas de grupos. La organización en pleno fue convocada para pronunciarse y los dos tercios de sus asambleas opinaron que debía establecerse la caja con subvención estatal con expresa recomendación de que la misma estuviese a cargo no del Estado, sino de los obreros, con lo cual se mantendría despierto en éstos el sentido de autonomía y responsabilidad, que al anarquismo interesa preservar de las acechanzas del poder centralista. Los "principistas" pusieron el grito en el cielo: no solo se aceptaba la intromisión estatal en asuntos laborales: se osaba colaborar con ella! Ardvissón responde: "Nuestras organizaciones han debido escoger entre cierta adaptación y el hundimiento total. En caso de que el hundimiento voluntario fuera compatible con los principios revolucionarios del anarcosindicalismo el movimiento se condenaría moralmente a muerte. Si los principios anarcosindicalistas llevasen a la pérdida de contacto inmediato de los obreros tales como son, estos principios carecerían de virtualidad. No aceptamos esta conclusión y por lo tanto tratamos de actuar como anarcosindicalistas en la realidad que nos circunda".

La caja de la SAC, controlada y administrada por los obreros afiliados, circunscribió la intervención estatal a la formación del capital básico de

giro. El amparo brindado por la caja no fue de este modo capitalizado por los partidarios o dirigentes del "Estado benefactor" y se evidenció el carácter que realmente tenía: el de manifestación circunstante de una tendencia a la protección de los trabajadores atribuible no sólo a un grupo de gobernantes, sino, primordialmente, a toda la "sociedad del bienestar" acuciada por los trabajadores organizados, tendencia legítima que el anarquismo debe estimular y orientar en tanto sus objetivos no conlleven la dictadura. Este es un punto crucial. Lo que separa esencialmente en nuestros días el Estado con el cual el socialismo libertario y cualquier otra ideología democrática pueden dialogar, del Estado impugnabile a ultranza es la naturaleza no dictatorial de aquél. Unicamente a un "principismo" de restringido horizonte mental se le puede ocurrir que el Estado suizo, el Estado israelí, el Estado dinamarqués y otros Estados actuantes en regímenes de democracia política tienen que recibir una repulsa idéntica a la que merecen los Estados totalitarios ruso o chino, portugués o yugoeslavo, español o cubano. "El mundo actual —dice Ardvissón, transcribiendo una declaración de la SAC— está dominado por tres sistemas: a) el sistema democrático-estatal de carácter mixto, con propiedad privada, estatal y otras formas de propiedad colectiva más la democracia política a base de determinados derechos para los individuos y las organizaciones; b) el sistema estatal totalitario, en el cual tanto la propiedad como el monopolio del poder se encuentran enteramente en manos del Estado; c) el sistema de totalitarismo estatal político bajo cuyo régimen el monopolio de la propiedad está principalmente en manos particulares. La SAC se opone a estos tres sistemas pero sin identificarlos entre sí. La SAC prefiere decididamente el sistema social que respeta los derechos humanos. El mismo anarcosindicalismo ha contribuido a establecer las libertades democráticas y los derechos del hombre que existen en la sociedad democrática y está dispuesto a defender los mismos contra los partidarios de la dictadura."

• • •

La posibilidad de subsistir como entidad gremial independiente y de criticar sin cortapisas al gobierno, durante el apogeo europeo de los nazis —en una Suecia rodeada por el silencio de naciones esclavizadas donde toda oposición a la dictadura hitlerista era mortalmente perseguida— dejó una impronta indeleble en la posición de la SAC al totalitarismo. Fue una lección histórica que confirmó la conciencia del peligro totalitario que la entidad ya había empezado a forjarse en 1920, al denunciar Rudolf Rocker y Albert Jensen, a la sazón sus más destacados orientadores, los asesinatos sistemáticos de opositores que llevaba a cabo la dictadura bolchevique. Fuera de la poderosas naciones de que se ha apoderado —Rusia, China, y países satélites— el totalitarismo se infiltra en el mundo occidental a favor de los abusos del capitalismo: allí donde éste se halla controlado por fuerzas sociales democráticas, el morbo totalitario no puede realizar ningún progreso. En cambio, en los países donde el capitalismo actúa sin trabas, librado a su distintivo e insaciable apetito de lucro, la explotación económica de grandes masas de desheredados y sus habituales secuelas: desnutrición crónica, enfermedades endémicas, analfabetismo, descreimiento popular en las instituciones democráticas, constituyen un ambiente muy adecuado para que el totalitarismo aflore y se desarrolle. Y sin tener necesariamente los rasgos característicos, fácil-

mente reconocibles, del fascismo o del bolcheviquismo. Varios países de Latinoamérica y buen número de nuevas naciones de África y Asia, permiten observar regímenes de partido único expresivos de un totalitarismo de nuevo cuño, personificado en ejércitos profesionales adueñados del gobierno, en burócratas y técnicos planificadores de todas las actividades sociales, en jefes estatales-religiosos endiosados por masas de fanáticos.

“La supresión del imperialismo capitalista —saca en conclusión Ardvissan— es una de las condiciones previas para el combate eficaz contra el totalitarismo”, del cual las dictaduras marxistas no son más que una forma, sin duda la más peligrosa para la libertad occidental, en razón de su gran potencia militar, de su vigorosa economía monopolista y de los sutiles y tortuosos procedimientos que aplica en la conquista de adeptos entre los sobornables, los indiferentes o los mal informados ciudadanos de las democracias.

• • •

Consecuente con sus ideas de reestructuración social desde las bases, la SAC brinda su apoyo a toda gestión encaminada a aumentar la influencia obrera en la dirección de las fábricas. Esta actitud no significa, como ciertos ortodoxos le reprochan, que la SAC **acepte** los fundamentos capitalistas de las organizaciones empresarias. La SAC, aclara Ardvissan, **no acepta nada**, no renuncia a ninguna de sus ideas finalistas de emancipación social. Sencillamente, en un ámbito social pacificado, hoy peculiarísimo en occidente aunque a corto plazo podría ser el prevaleciente en su sociedad, debiendo alternar con un gobierno que admite una amplia libertad de crítica y de participación, y con un capitalismo que no puede ejercer, más allá de determinadas límites, su avidez incansable de ganancias, la SAC ha optado por incrementar de inmediato el poder social de los obreros y campesinos libremente organizados, con la certeza, de acendrada extracción anarquista, de que deben existir, en la sociedad pre-revolucionaria, actantes y expansivos, las células renovadoras del sistema cuya suplantación se busca, para que el cambio político asegure la apetecida transformación histórica. En Suecia y en otros países occidentales de su elevada cultura cívica, el cambio político revolucionario podría operarse en sucesivos avatares institucionales, excluyentes de una lucha cruenta. “Pero consideramos natural —dice Ardvissan— que la situación sea distinta en otros países. En los Estados donde los oprimidos no tienen ningún derecho, donde las reglas elementales de la democracia no existen como fundamento de la vida nacional, los obreros están obligados a abrirse paso luchando con todos los medios a su alcance.”

• • •

Por lo que se puede apreciar en los muchos millones de años que el hombre vive en la tierra y en los últimos seis mil años de civilización, es muy difícil, sino imposible, que pueda erradicar definitivamente de su vida comunitario, la corrupción, la opresión, el fraude. Pero se puede aspirar razonablemente a regímenes sociales menos corruptos, menos opresores, menos fraudulentos que los actualmente en vigencia. Así lo afirma el espíritu del humanismo perenne que tiene en Evert Ardvissan un convincente y admirable pensador militante.

Una familia para la historia: Camilo, María Luisa y Giovanna Berneri *

por Diego A. de Santillán

Tuvimos la suerte de haber conocido, tratado, admirado y querido a representantes de tres generaciones de la familia Berneri: abuelos, padres, hijos. Frente a las tres generaciones hemos tenido la misma impresión de encontramos con algo nuestro, con espíritus afines y fuera de lo común.

Nos parece estar viendo a la madre de Camilo, Adalgisa Folchi Berneri, menuda, delicada, frágil, expresión viviente de una máter dolorosa. Era una educadora de vocación, enseñaba letras y pedagogía en la escuela normal de Lodi y fue alejada por Mussolini de sus tareas en plena madurez de su mente. En su juventud había escrito novelas cortas y relatos para niños y en su exilio escribió dos pequeños volúmenes de novelitas antifascistas.

Cuidó a su hijo quizá con exceso de cariño y de inquietud, puso en él todas sus ilusiones, su razón de existir. Camilo, inclinado al estudio por inspiración de su madre y por impulso propio, no tuvo roces con la vida real, que a veces es dura y espinosa; su madre le despejaba el camino de todos los peligros, le ahorraba todos los sinsabores.

Después de la tragedia que le llevó al hijo, vivió únicamente para su memoria y escribió dos libritos amorosos: *¡Con te, figlio mio!* e *In difesa di Camilo Berneri* en los que abre su corazón emocionado y puro. Sobrevivió a su dolor muchos años y murió en Reggio Emilia el 16 de agosto de 1957, a los 92 años.

CAMILO BERNERI

Camilo Berneri nació el 20 de mayo de 1897 en Lodi. Nació y creció para el estudio, para la dedicación en cuerpo y alma a los libros. Hizo de su gabinete de trabajo su mundo, separado de la vida real y de sus problemas y amarguras por el cariño materno. Fue un niño prodigio en la escuela,

en los estudios secundarios y un estudiante modelo en los superiores; se diplomó de profesor de filosofía a una edad en que pocos llegan a laurearse.

Hasta su biblioteca llegó sin embargo el descontento del pueblo italiano con una guerra en la que no tenía más que motivos para perder, y hasta ella también llegó la efervescencia que suscitaba en grandes masas una figura casi legendaria, el Benjamín de la primera Internacional y del movimiento libertario, como lo llamó Miguel Bakunin. Nos referimos a Errico Malatesta.

Malatesta era una bandera, un símbolo querido en Italia; cuando llegó en ocasión de su último destierro, hasta Mussolini tuvo que saludar al proscrito con palabras cálidas, quizá sinceras. ¿Cómo no iba a llegar hasta el recoleto Camilo Berneri la fiebre de la calle y el entusiasmo de la juventud de su tiempo? En el diario *Umanità Nova* aparecieron colaboraciones asiduas firmadas por Camilo da Lodi o Camilo Berneri, que llamaron pronto la atención y lo convirtieron en un contribuyente obligado de todas las publicaciones libertarias de Italia. Había en ellas convicción profunda, arraigo y madurez y, sobre todo, un matiz propio: el de su vastísimo saber y el de su capacidad para ponerlo al alcance de los lectores comunes. En lugar de la cátedra con algunas decenas de alumnos, prefirió la prensa que llegaba a decenas de millares de lectores.

Cuando el fascismo hizo imposible la aparición del cotidiano, continuó siendo familiar a los lectores de *Pensiero e Volontà*. No era su especialidad el aspecto teórico de su prédica; en ese punto, ya estaban allí Errico Malatesta y Luigi Fabbri, insuperables y en mucho insuperados. Pero aún sin dedicarse al esclarecimiento y definición de las ideas, con toda su conformación permaneció en esa línea general, aún cuando tratase de los mil problemas que atraían su curiosidad intelectual, la historia, la reli-

* Nuestro calendario no lleva, como es costumbre, la fecha indicativa de su motivo. Las vidas excepcionales de Camilo, María Luisa y Giovanna Berneri, que forman el tríptico familiar del notable trabajo de nuestro amigo y colaborador Diego Abad de Santillán, se extinguieron en mayo de 1937, abril de 1949 y marzo de 1962, respectivamente. Pero corresponden, indudablemente, al Calendario las fechas de marzo y abril, en que desaparecieron Giovanna y María Luisa.

gión, las cuestiones sexuales, morales, políticas.

Era uno de esos seres a quienes no se puede tratar sin quererlos como a hermanas o como a hijos. Hubo en su vida abstraída en el estudio un acierto extraordinario: el de la elección por compañera a Giovanna. Y fruto de ese matrimonio fueron dos hijas, dignas en todo concepto de los progenitores.

Al advenir la barbarie del fascismo, Berneri era candidato al exterminio. No estaba hecho para someterse, para silenciar su voz de protesta, para simular siquiera un sometimiento. Los amigos le aconsejaron la expatriación y al fin tuvo que superar la repugnancia que sentía a alejarse del país natal y a abandonar la lucha en el interior. Buscó refugio en Francia, donde pasó una verdadera odisea de privaciones y de penurias. Cuando Fabbrí inició en París la edición de *Lotta umana*, se vio allí la contribución de Berneri, lo mismo que en cuanto publicación de habla italiana salía en Francia y en Estados Unidos.

Vinieron años de persecuciones y de expulsiones; de Francia era llevado a la frontera de Bélgica; de Bélgica se le devolvía a Francia, a Luxemburgo. Felizmente llegó a París Giovanna con las dos hijas y después la madre, cuya exigua pensión sirvió para mitigar las penurias mayores.

Le hicimos escribir para la prensa española. En *Tiempos Nuevos*, en *Tierra y Libertad*, en la *Revista Blanca*, su colaboración fue abundante y valiosa. Allí por 1935 publicamos un librito suyo, *Mussolini, gran actor*.

* * *

Cuando estalló la guerra en España, fueron muchos los miembros de la emigración italiana los que corrieron a ofrecerse como voluntarios; allí fue Mario Angeloni, muerto en el frente de Huesca; allí fue Carlos Roselli, asesinado por orden de Mussolini en Francia; allí fueron millares y millares y, naturalmente, no podía faltar tampoco Camilo Berneri cuyo nombre era bien familiar para nuestro movimiento.

Participó activamente en la organización de la columna de anarquistas italianos voluntarios. Recorrió los frentes donde había núcleos italianos y se le sugirió la idea de tomar a su cargo una propaganda en italiano para dentro y fuera de España. Así surgió *Guerra sociale* en Barcelona.

Con un periódico en la mano, estaba en su elemento. Hizo tribuna de combate al mismo tiempo que de esclarecimiento y de orientación. No pudo silenciar, no es-

taba en su manera de ser silenciar nada que considerase censurable, y denunció la acción del comunismo en la guerra española, con pasión, con violencia, pero con honda sinceridad, con hechos monstruosos.

Se andamió por los servicios de la G. P. U. rusa aquella semana sangrienta de Barcelona de mayo de 1937. Aquella lucha a la que nuestros compañeros fueron llevados en una vil provocación, costó alrededor de 1.800 muertos y unos 5.000 heridos, tantos como la lucha de julio de 1936 contra el alzamiento militar. Muchos de los nuestros fueron buscados en sus domicilios y asesinados sin piedad. Fue asesinado Tufro, el excelente compañero uruguayo que corrió a ponerse a nuestro lado; fue asesinado el secretario de las Juventudes, Martínez, después de haber cesado el fuego y a pocos minutos de habernos dejado; y el 5 de mayo de 1937 fue asesinado Camilo Berneri, a quien señalaron los asesores comunistas italianos como un testigo peligroso para el futuro por su calidad y por su prestigio; junto con él cayó, no sabemos dónde ni cómo, Barbieri, con el cual habitaba.

He aquí cómo describió los hechos *Guerra di Classe*, de Barcelona, en su suplemento del 9 de mayo de 1937:

"La mañana del 4 de mayo, hacia las 10, se presentaron en la puerta del apartamento dos individuos que llevaban un brazal rojo. Fueron recibidos por Berneri y Barbieri, a los que dijeron que no dispararan, pues se hallaban ante amigos de los que nada debían temer. Berneri contesta que ellos, antifascistas que vinieron a España para defender la Revolución, no tenían ninguna razón para disparar sobre obreros antifascistas. Después de lo cual los dos salieron y fueron vistos entrar en el local de enfrente, sede de los sindicatos de la UGT (dominada por los comunistas).

"Hacia las 15 del mismo día se presentó un grupo más numeroso de individuos, provistos algunos de brazaletes rojos como los de la mañana y otros de cascos y fusiles, que dijeron estar autorizados para hacer una pesquisa. La compañera Tantini presentó tres fusiles que había recibido en custodia de compañeros milicianos que vinieron con licencia desde Huesca. Obtenidas las armas, policías y ugetistas salieron, dejando sólo a dos para realizar la pesquisa. Fueron así secuestrados documentos en la habitación de Fantozzi, y algunos libros en la de Mastrodicasa junto con otras cartas. De la habitación de Berneri, por ser el material demasiado voluminoso, se llevaron sólo una parte, diciendo que volverían con un vehículo. Y al salir advirtieron que nadie dejara la casa, pues arriesgaría ser fusilado. Interrogados acerca de los moti-

vos de la pesquisa, respondieron estar informados que en el apartamento se encontraban anarquistas italianos armados.

"En la tarde del miércoles 5 de mayo, hacia las 18, se presentó nuevamente la docena de milicianos de la UGT con brazo rojo y policías armados, además de otro de civil, y declararon arrestados a Berneri y Barbieri. Barbieri preguntó el motivo del arresto. Le contestaron que tenía lugar por ser ellos elementos contrarrevolucionarios. Barbieri replicó que en los veinte años que llevaba de militante anarquista era por primera vez agraviado por semejante insulto. A eso un policía contestó que precisamente por ser anarquista era contrarrevolucionario. Y cuando Barbieri, irritado y ofendido, le pidió su nombre, reservándose el buscarlo en otra ocasión, el polizonte mostró su placa, con el número 1109, revelado por la compañera de Barbieri, que estuvo presente en toda la escena.

"Del informe del Hospital Clínico, al que Berneri y Barbieri fueron llevados en la noche del miércoles al jueves, resulta que fueron recogidos por la Cruz Roja, el primero en la plaza de la Generalidad y el segundo en la Rambla próxima, muertos por disparos de ametralladora".

Cuando tuvimos después momentos libres para reflexionar sobre la desaparición de Berneri y de Barbieri, fuimos atando cabos y llegamos a la convicción de que su muerte fue decretada por una de las eminencias grises que actuaban en España al amparo de la presunta ayuda de Rusia, ayuda que fue en todo momento una estafa y un latrocinio. Esa eminencia gris que dictaba la ley al partido comunista español y en este caso en lo relativo a Italia y a los italianos, era Palmiro Togliatti.

¿Qué hacía Camilo en las horas trágicas de la lucha en las calles de Barcelona, afectado por fuerte miopía y sordera? Pensaba en el hondo drama y pensaba en sus hijas, a las que escribía en altas horas de la noche, antes de ser asesinado, una carta que fue encontrada en su escritorio días después:

"Esta noche, todo es calma, y yo espero que esta violenta crisis se resolverá sin conflictos ulteriores, tales como comprometer la guerra. ¡Cuánto mal hacen aquí también los comunistas!

Son las 3 horas, la cosa está esta noche en armas. Yo he querido quedar de pie para dejar a los otros ir a acostarse, pero todos han reído, diciendo que yo no oíría el cañón (se refería a su sordera); pero después, uno tras otro, se han ido a acostar y yo velo por todos. Esta es la cosa más bella, más absoluta que el amor y más verdadera que la realidad misma, la de trabajar para todos. ¿Qué sería del hombre

sin este sentido del deber, sin esta emoción de sentirse unido a aquellas que fueron, a las que son y a las que vendrán?

A veces, pienso que este sentido mesiánico no es sino una evasión, no es más que una búsqueda y el encuentro de un equilibrio que, si faltara, nos precipitaría en el desorden y la desesperación. En todo caso, lo que es cierto es que los sentimientos más intensos son los más humanos. Se puede estar engañado en todo y sobre todo el mundo, pero no en lo que se afirma con su conciencia moral. Si me fuera posible salvar Bilbao dando mi vida, no dudaría un solo instante. Esta certidumbre nadie puede quitármela, así sea el filósofo más sofisticado. Y esto me basta para sentirme un hombre y me consuela de todas las veces que me siento por debajo de mí mismo, por debajo de la estima de los mejores y del afecto de los seres que más amo y estimo.

Lo que acabo de decir parece una solemnidad un poco ridícula para cualquiera que no viva aquí. Pero puede ser que un día, si pueda hablaros de los largos meses que acaban de transcurrir y que he vivido tan intensamente, comprenderéis mejor".

En estas líneas íntimas a sus hijas, en una pausa del fuego de fusilería y de las bombas en las calles de Barcelona, está el retrato del malogrado amigo.

* * *

Berneri había comprendido el significado de la guerra española; escribía en su periódico *Guerre di Classe* de Barcelona:

"Siendo la guerra civil de España un conflicto internacional, es en el terreno internacional en el que hay que plantear el problema de la acción revolucionaria en función bélica"... Es el mismo pensamiento que sostuvo Carlo Rosselli, que quería que la cuestión española se desarrollase en la dirección italiana, y en ese plan quería secundarnos.

Tenía un sentido crítico y de autocrítica que era fruto de su honestidad invariable. Así, decía en 1925 en una respuesta a la "Rivista Internazionale" que se publicó en París:

"El movimiento nuestro, abandonado al revolucionarismo genérico y al mito populista, ha caído en doble error: el del extremismo verbal, demasiado continuo para ser eficaz y para hallar adecuada incidencia en la situación, y el de contar demasiado con las masas, hasta subordinar la iniciativa revolucionaria a la participación de aquellas, faltando así a la misión de abrir camino con la audacia y el sacrificio de las minorías voluntarias".

¿Sobre qué temas no dejó Camilo su criterio, su interpretación de estudiosos, sus

conclusiones? Citemos, por ejemplo, su polémica con el doctor Nicolo' Converti —viejo internacionalista italiano que murió en Túnez en 1939— sobre el neomaltusianismo y el anarquismo, allá por 1934 ó 35; su documentada exposición y crítica sobre la posición originaria del marxismo respecto a la futura extinción del Estado a través de Marx, Engels y Arturo Labriola; su claro enfoque de la política de la Iglesia, para la cual una dictadura es buena o mala según las circunstancias en que surge y según el principio de gobierno en que se inspira el dictador: de ahí su apoyo a Mussolini en Italia y a Franco en España.

Lamentablemente no pudo salir a luz, ni ha vuelto a nuestras manos, un denso volumen en que habíamos reunido el pensamiento de Berneri, a través de lo más valioso que había salido de su pluma. No podríamos hacer ahora la bibliografía completa de Camilo. Además de Mussolini, gran octor, ya citado, se publicó en 1937 su *Mussolini o la conquista de las Baleares* y un largo ensayo sobre *Pedro Kropotkin federalista*. Carlo Frigerio reeditó en 1938 en Ginebra *Il lavoro atrocente* (36 páginas), un tema que había sido predilecto también de Fausto Falaschi, muerto en el frente de Huesca. En francés se dio en 1938 también *Guerre des classes en Espagne* (48 págs., en Nîmes); los compañeros de Brest publicaron otro opúsculo suya titulado *L'Operarietria*. En Italia se recogieron artículos y ensayos suyos en un volumen titulado *Pensieri e battaglio*, que nos pone en contacto con el pensamiento y las luchas del mártir por la libertad y por la justicia.

MARIA LUIS BERNERI

Bajo el agobio de la tragedia, una muchacha que no había cumplido los veinte años, se sintió en la obligación de ocupar el puesto vacante de Camilo; era su hija María Luisa. Estaba preparada intelectual y moralmente para ello. Había nacido en 1918.

Cuando conocimos a María Luisa, que llegó a Londres a visitarnos después de salir de un campo de concentración de Francia, tuvimos la sensación y la certeza de que podíamos contar con una personalidad extraordinaria para el futuro de nuestras cosas, exponente de una juventud que habría sido capaz de suplir las pérdidas más sensibles. Era, sin duda, otra gran conquista. Llamaba la atención por su belleza clásica, parecía una de esas madonas de los grandes artistas del Renacimiento. Sin desdoro para nadie, tenemos que decir que jamás habíamos encontrado una muchacha más llamativo por su presencia física.

Pero cuando se penetraba un poco más en el alma de esa criatura tan hermosa, cautivaba más aún por lo que llevaba dentro como fe, como voluntad de servir a una gran causa y como formación cultural. Para su edad era un prodigio. Después de tantas descalabros, junto a María Luisa se sentía renacer la esperanza en el porvenir. Mientras nos quedasen espíritus de esa talla, no teníamos motivos para el desaliento.

Había puesto todo su fervor en la lucha por España desde Francia primero, desde Londres después; estaba en todo, desde las tareas más humildes a la acción personal como oradora y como escritora. Manejaba con maestría, además del italiano, el francés y el inglés. Era valiente y sugestivo en sus exposiciones y se hacía querer por todos los que lo escuchaban y trataban.

Tenía 22 años cuando la conocimos y pusimos en ella las más grandes ilusiones. En los años que siguieron demostró perfectamente de lo que era capaz y todo lo que podía esperarse de su futura actuación. Animó a un fuerte grupo en Londres, combatió contra la guerra en *War Comentary* (1938), actuó luego en *Freedom* y en *Now*.

María Luisa no tuvo tiempo de desplegar plenamente sus alas, pero algunos de sus trabajos sobre temas de educación sexual, que había tratado también su padre, su excursión al campo de la utopía y otros, muestran sus quilates de estudiosa y su capacidad de elaborar un pensamiento propio. En Londres publicó un opúsculo documentado, *Los trabajadores en la Rusia de Stalin*.

Murió en abril de 1949 a consecuencia de un accidente de parto y quedó así segada en flor una de las más grandes promesas de la nueva generación. Sin ninguna duda, María Luisa hubiese llenado el vacío que dejó su padre, pues tenía su misma contextura intelectual y moral.

GIOVANNA BERNERI

El 14 de marzo de 1962 un telegrama lacónico nos anunciaba la muerte de Giovanna Berneri. No era bastante con la tragedia de Camilo, no era bastante la desaparición inesperada de María Luisa; ahora tenía que alejarse definitivamente Giovanna, a los 61 ó 62 años de edad, que entró de modo activo en la lucha por un imperativo moral superior, por un sentido indeclinable del deber.

Identificada con nuestras ideas y nuestro movimiento, Giovanna no hizo ostentación alguna mientras su compañero abastecía copiosamente a la prensa libertaria italiana y española; ya hacía bastante con

respaldar ese esfuerzo con su dedicación al sostén del hogar, en el que dos criaturas jóvenes debían ser instruidas y educadas. Era una mujer valerosa, de carácter firme, incansable. Sin dejar de ser femenina, madre y compañera modelo, tenía algunas aristas duras, las que grabó en su personalidad la lucha por la vida. En París atendía un pequeño negocio de pastas alimenticias que, con muchos sacrificios y con mucha dedicación, pasados los primeros tiempos, permitió la subsistencia familiar.

Esa división del trabajo hizo que Giovanna quedase muchos años oscurecida por el nombre de Camilo y por la brillantez de María Luisa, aunque todos los que la conocían sabían que era inteligente, que era culta, que era capaz, que tenía un gran sentido común y un gran corazón.

Frente a Giovanna se sentía la sensación de franqueza, de integridad; el rostro reflejaba el alma; no había lugar a misterio, a duda, a inseguridad. Era más de lo que aparentaba ser, pues lo que era parecía como querer refugiarse detrás de la humildad, de cierto pudor. Cuando tuvo que dar su nombre y asumir la responsabilidad de la publicación en Nápoles de la revista **Volonté** en 1946, nos explicó como ruborizándose por la audacia, que ella no se había dedicado nunca a expresar sus pensamientos por escrito, pero en aquellos momentos sintió como un deber dar la cara, afrontar las contingencias de una publicación en lengua italiana que mantuviese en alto una bandera orientadora y combativa.

En 1952 se fundó en Sorrento y luego se trasladó a Ronchi de Marina di Massa, una colonia a la que se le dio el nombre de "María Luisa Berneri", una iniciativa pedagógica y de convivencia comunitaria original para niños procedentes de diversas localidades, a quienes se mantiene y educa para la libertad, procurando llevar la teoría a la práctica, las intenciones a realizaciones, el pensamiento a la acción. Encontró bastante apoyo y calor en Italia y fuera de ella y algún día se podrá extraer de esa tentativa más de una lección provechosa. Fue adquirida una finca poblada de pinos, con viviendas para una quincena de niños. Funciona durante los meses veraniegos de junio-julio, a base de voluntariado y de muy pocos esfuerzos remunerados. Naturalmente Giovanna Berneri fue el alma de esa iniciativa y puso en ella todo su fervor, agregando el esfuerzo de la organización y sostenimiento de la colonia a sus muchas tareas en torno a la revista **Volonté**.

Giovanna siguió con asiduidad todo lo relativo a la guerra española, una de sus grandes pasiones. No dejaba escapar la oportunidad de refutar juicios malévolos o erróneos, de poner los puntos sobre las

es. Hace pocos años, en 1959, resumió en un ensayo: **Testimonios sobre España**, sus comentarios a un libro de Pietro Nenni, su defensa de la revolución española y de los anarquistas españoles, poniendo de relieve su exacto conocimiento de los hechos y su admiración ante la capacidad constructiva de nuestro pueblo. En setiembre de 1961 pronunció una conferencia en el teatro Odeón de Liorna sobre España y la situación internacional.

"Qué hermosa homenaje a la España de la libertad —decía Giovanna— ese test que distingue todavía hoy a los hombres que luchan por el progreso y la civilización de aquellos que se oponen a ellos. ¿Por qué hablar de la España de hoy, de sus miserias, de su servidumbre, de sus sufrimientos, del período que dura ya 25 años?

Siempre estuvo en la trinchera a favor de España, desde París o desde Italia luego, y lo hizo siguiendo la línea familiar de la abnegación ilimitada y de la comprensión completa y solidaria con nuestra causa.

Trató en **Volonté** todos los temas de actualidad, de polémica esclarecedora, comentarios bibliográficos interesantes, entre los cuales recordamos los que hizo sobre un libro de Enzo Tagliacozzo sobre Gaetano Salvemini en el cincuentenario liberal, al **Diario de un obrero 1956-1959** de Daniel Mathé, al libro de Leo J. Wollemborg, **Entre Washington y Roma, o la obra Sexa y Civilización**, de Luigi De Marchi.

Un trabajo escrito en colaboración con el ingeniero Zaccharia sobre el contralor de los nacimientos, condujo a un proceso ante el tribunal de Nápoles en 1950. En respuesta a la acusación, se hizo una segunda edición del opúsculo incriminado, y una reafirmación de la necesidad de la procreación de hijos sanos a quienes se pueda educar y criar bien.

El destino le asestó golpes mortales, capaces de doblegar hasta a los más fuertes. Supo soportarlos con estoicismo y no se desvió una pulgada de su sentido del deber. Naturalmente, lo que ha vivido y sufrido tuvo que dejar en esa mujer valiente huellas y heridas a las que finalmente ha sucumbido. Y ha sucumbido cuando todavía había mucho que esperar de ella.

Para todos los que luchan por la libertad, la familia Berneri merece ser recordada como un estímulo, como un acicate para la persistencia. Es un nombre que ha entrado en la historia de las luchas sociales con todos los honores y toda la admiración que imponen los héroes y los mártires. Todos esos muertos queridos tenían pasta de héroes y de mártires, y no importa que las circunstancias no les hayan llevado a todos al martirio. La materia prima estaba allí.

1. POBLACION - PRODUCCION - POTENCIA INSTALADA - KWH PRODUCIDO POR HABITANTE

Años	SERVICIO PUBLICO				AUTOPRODUCCION				TOTAL		
	Producción (miles)	Producción (miles kWh)	Potencia instalada (miles kW)	kWh/ hab.	Producción (miles kWh)	Potencia instalada (miles kW)	kWh/ hab.	Producción (miles kWh)	Potencia instalada (miles kW)	kWh/ hab.	
1959	20.250,0	7.373.368	2.227,9	355	2.171.271	937,9	107	9.544.639	3.165,7	462	
1960	20.512,2	7.862.766	2.286,8	383	2.591.932	1.181,2	127	10.457.698	3.474,8	510	
1961	20.773,4	8.607.679	2.482,8	417	3.283.937	1.372,5	158	11.891.616	3.855,3	575	

NOTA: Análisis la importancia de la potencia instalada de autoproducción.

2. ENERGIA PRODUCIDA Y VENDIDA DISCRIMINADA POR ZONAS. CONSUMOS POR HABITANTE

ZONAS	POBLACION				PRODUCCION (cifra superior) ENERGIA VENDIDA (cifra inferior)				CONSUMO POR HABITANTE			
	(en miles)				(miles kWh)				(kWh/ hab.)			
	1950	1959	1960	1961	1950	1959	1960	1961	1950	1959	1960	1961
Litoral	11.898	14.094	14.374	14.512	4.126.537 3.508.900	6.180.828 5.036.973	6.539.599 5.212.734	7.112.355 5.669.000	256	357	363	386
Central	1.816	1.915	1.983	2.063	179.861 154.700	490.259 434.859	548.018 460.513	623.360 521.000	93	224	232	255
Patagónica .	594	668	681	695	28.453 21.900	110.387 100.968	122.354 110.880	132.700 120.000	57	151	163	171
Andina	1.066	1.313	1.339	1.351	110.597 95.200	387.168 340.236	435.989 368.858	509.300 431.000	96	259	275	306
Norte	1.853	2.094	2.135	2.152	77.642 72.000	209.726 175.819	216.916 181.566	230.564 193.000	42	84	85	89
Total ...	17.227	20.114	20.512	20.773	4.523.090 3.855.700	7.373.368 6.088.855	7.862.766 6.324.501	8.607.679 6.937.000	224	303	309	311

* Datos extraídos de la revista "La Ingeniería", publicación del Centro Argentino de Ingenieros y de la Unión Argentina de Asociaciones de Ingenieros, Año LXVI, Nº 983, setiembre 1961-agosto 1962, Buenos Aires. Pertenecen a un amplio estudio de su director, el ingeniero Francisco M. Malvicino, titulado "Energía e Ingeniería". A continuación de los cuadros, se formulan algunas interpretaciones y aclaraciones por la Redacción.

3. EVOLUCION DE LA POTENCIA INSTALADA Y DE LA PRODUCCION EN EL PERIODO 1950-61

Años	POTENCIA INSTALADA (miles de kW)			PRODUCCION (millones de kWh)		
	Térmica	Hidroeléctrica	Total	Térmica	Hidroeléctrica	Total
1950	1.302,7	43,3	1.346	4.243,3	152,7	4.396
1951	1.315,9	51,1	1.367	4.544,3	157,6	4.702
1952	1.361,5	57,5	1.419	4.501,8	201,2	4.703
1953	1.412,0	63,0	1.475	4.674,8	298,2	4.973
1954	1.476,5	62,5	1.539	5.077,4	338,6	5.416
1955	1.525,4	97,6	1.623	5.586,7	316,3	5.905
1956	1.577,7	129,3	1.707	5.919,7	475,3	6.395
1957	1.899,5	220,5	2.120	6.321,5	546,5	6.868
1958	1.918,0	260,0	2.178	6.709,2	664,8	7.374
1959	1.925,3	292,7	2.228	6.602,6	770,4	7.373
1960	1.970,3	316,7	2.287	6.992,3	869,0	7.862
1961	2.162,3	319,3	2.482	7.581,4	1.026,2	8.607

4. CUADRO COMPARATIVO MUNDIAL Y DE ALGUNOS PAISES (AÑO 1959)

País o Región	Habitantes (miles)	Potencia instalada (miles kW)	PRODUCCION AÑO	
			Total (millones kWh)	kWh - año habitante
MUNDO	2.905.000	—	2.098.000	722
Estados Unidos	177.700	174.352	759.251	4.475
Canadá	17.442	21.108	104.614	5.998
México	33.304	2.739	9.776	293
Venezuela	6.512	1.277	2.720	418
ARGENTINA *	20.114	3.166	9.545	474
Brasil	64.216	4.115	21.108	329
Uruguay	2.800	332	1.175	420
Francia	45.097	20.727	64.507	1.430
Alemania Occ.	52.785	25.477	106.202	2.012
Reino Unido	52.157	35.031	120.916	2.318
Australia	10.061	5.531	21.199	2.107
Nueva Zelandia	2.331	1.437	6.361	2.729
Rusia	210.500	59.267	265.112	1.259

* Datos de la Dirección Nacional de Energía. Población estimada.

5. APROVECHAMIENTOS HIDROELECTRICOS ESTUDIADOS HASTA EL 31/XII/61

ZONA	POTENCIA en kW	ENERGIA ANUAL en millones kWh	EQUIVALENTE A toneladas de fuel-oil
Mendoza-San Juan	2.000.000	9.000	2.700.000
Tucumán-S. del Estero	370.000	1.700	510.000
Jujuy	300.000	1.000	300.000
Río Bermejo	350.000	1.500	450.000
Salta-S. del Estero	100.000	450	135.000
Córdoba	260.000	800	240.000
Santa Cruz	1.000.000	5.000	1.500.000
Chubut	500.000	2.000	600.000
Río Colorado	750.000	3.000	900.000
Río Limay	4.000.000	20.000	6.000.000
Río Neuquén	300.000	1.400	420.000
Misiones	30.000	150	45.000
Otras Zonas	20.000	100	30.000
	9.980.000	46.100	13.830.000
Apipé (Parte Arg.)	1.000.000	5.000	1.500.000
Salto Grande (Parte Arg.)	700.000	3.000	900.000
	11.680.000	54.100	16.230.000
Paraná (Tramo Arg.)	2.000.000	10.000	3.000.000
Iguazú (Parte Arg.)	250.000	1.000	300.000
Marelas Península Valdés	600.000	3.000	900.000
TOTALES	14.530.000	68.100	20.430.000

NOTA: Las centrales estudiadas hasta el 31 de diciembre de 1961 pueden producir 54.100 millones de kWh, por año, equivalentes a 16.230.000 toneladas de fuel-oil. La Argentina produce (año 1961) 16.335.000 toneladas de petróleo y gas (equivalente a petróleo).

ALGUNAS INTERPRETACIONES DE LOS CUADROS

El cuadro 1 indica que la producción correspondiente al año 1961 considerando el promedio anual por habitante, fue de 417 kWh para el servicio público y de 158 kWh para la autoproducción, dando un total de 575 kWh, lo cual representa el 27,5 % del total para esta última.

El cuadro 2, que da los promedios de consumo anual por habitante, discriminados por zonas, refleja las diferencias sustanciales entre la situación del norte del país, o en la zona patagónica, en relación con las del litoral, central y andina. Tomando en consideración la cifra mínima de 89 kWh por habitante correspondiente al norte, debe tenerse en cuenta que —al igual que en todos los casos— representa un promedio en base al número total de habitantes, lo que explica la triste realidad de algunas poblaciones que consumen poco o nada de energía eléctrica.

De suma interés es el valor consignado del promedio total de consumo por habitante de energía suministrada por servicios públicos, que para el año 1961 es de 311 kWh. Sobre este particular, nos remitimos al trabajo publicado en "Reconstruir" N° 22, del que es autor el ingeniero Pedro G. Fleitas (*Tecnología o atraso*), quien señala como valor índice para un bienestar aceptable el de 600 kWh por habitante y compara el consumo "per cápita" argentino con el de algunos otros países.

Del cuadro 3 se infiere la exigua proporción de fuentes de energía hidroeléctrica en relación a las térmicas; para el año 1961, la potencia instalada dan el 12,8 y el 87,2 % del total, respectivamente.

Los aumentos para ciertos períodos, son para la potencia instalada: de 1950 a 1955: 4 % anual; de 1955 a 1961: 9 % anual; de 1950 a 1961: 7,8 % anual. Para la producción de energía: de 1950 a 1955, aumento anual medio de 7 %; de 1955 a 1961: 7,85 % anual.

El cuadro 4 permite comparar la potencia instalada, la producción anual total y por habitante (tomada para el año 1959) de nuestro país con otras y con los totales mundiales en los dos últimos valores señalados. La producción por habitante y por año es para la Argentina de 474 kWh (en el cuadro 1, para el mismo año es de 462, para 1960, de 510 y para 1961, de 575) tomando en cuenta la suma de energía producida por servicios públicos y la autoproducción, según datos de la D.N.E.

Cabe agregar que el ingeniero Malvicino, en una referencia al cooperativismo eléctrico, da las siguientes cifras para el año 1961: Cooperativas eléctricas en funcionamiento: 367; socios: 462.000; kW instalados: 166.000; energía facturada: 332 millones de kWh; potencia instalada por consumidor: 0,49 kW; consumo promedio por año: 995 kWh.

Por demás significativo resulta el cuadro 5, en el cual se resumen los estudios efectuados en materia de aprovechamiento hidroeléctrico en el país. La nota que se inserta al pie del mismo (con datos que en el original se destacan en el encabezamiento) da la equivalencia de la energía de 54.100 millones de kWh calculados para las centrales estudiadas hasta fin del año 1961 (con potencia total instalada de 11.680.000 kW) con el tonelaje de fuel-oil capaz de producir igual caudal energético; la cifra de producción de petróleo y gas equivalente, del año 1961, está casi igualada por la producción hidroeléctrica citada, a lo cual se suma, en la parte inferior del cuadro, los valores calculados para los tramos argentinos del Río Paraná, de Iguazú y de la energía obtenible en la Península de Valdés (por variación de las mareas). Debemos aclarar que algunos técnicos, como el Ing. Carlos Santos Rossel, han señalado que con siete diques a lo largo del Río Paraná, se podrían obtener ¡15.500 millones de kW! ("Plan Integral de Obras Hidráulicas del Gran Litoral").

Compárese tanta riqueza energética potencial con los 2,5 millones de kW de potencia instalada total de nuestros servicios públicos (cuadro 1) y con los 319.300 kW de potencia total hidroeléctrica instalada (cuadro 2) y las producciones anuales correspondientes, y se tendrá una idea clarísima del abismo que separa lo realizado hasta ahora de las posibilidades existentes para resolver problema tan vital para el país.

Unidades utilizadas. De potencia: kW (kilovatio o kilo-watt); de energía: kWh (kilovatio-hora). Para mayor comprensión se han convertido cifras dadas en otras unidades múltiples a kW y kWh. El consumo o la producción de energía por habitante se da en kWh/hab. (kilovatio-hora por habitante). En algunos cuadros se han abreviado los datos o se modificó la disposición de algunas columnas de cifras, por razones de espacio.

Restauraremos el valor de la libertad *

por Albert Camus

Si se consideran todos los abusos y las violaciones que actualmente se cometen, cabe prever un momento en que, en una Europa de campos de concentración, sólo estarán en libertad los carceleros, quienes harán lo posible para aprisionarse a su vez. Cuando sólo quede libre uno de ellos, lo nombraremos guardián jefe y esa será la sociedad perfecta, donde los problemas de la oposición, incubo de los gobiernos del siglo XX, habrán sido por último definitivamente resueltos.

Esto no es más que una profecía, claro está, y aun cuando en todo el mundo los gobiernos y la policía hacen todo lo posible, con la mayor buena voluntad, para llegar a tan feliz conclusión, todavía no ha sido alcanzada. Entre nosotros, por ejemplo, en la Europa occidental, la libertad está bien vista oficialmente. Sólo que me hace pensar en esas primas pobres que se ven en algunas familias burguesas. La prima ha quedado viuda, esto es, ha perdido su protector natural. Entonces se la recoge, se le da una habitación en el quinto piso y se la acepta en la cocina. Se la hace pasear algunas veces por la ciudad, para demostrar que los parientes son virtuosos, que no son unos desalmados. Para todo lo demás, y sobre todo en las grandes ocasiones, se le pide que se mantenga a distancia. Y hasta si un polizante desaprensivo la viola en algún rincón, no se hace de ello una tragedia: ha visto cosas peores, sobre todo con el dueño de casa y, en fin, no vale la pena de hacer cuestiones con las autoridades constituidas.

Hay que reconocer que en Oriente son más francos.

Allí han arreglado de una vez por todas la cuestión de la prima; la han encerrado en un armario con un buen par de cerrojos.

Parece ser que la harán salir dentro de medio siglo, cuando la sociedad ideal sea definitivamente instaurada. Entonces se le harán fiestas y honores. Creo, sin embargo, que estará un poco comida por la polilla y temo que ya no podrá servirnos.

Si agregamos que estas dos concepciones —la del armario y la de la cocina— han decidido imponerse la una a la otra y que en medio del trastorno correspondiente se ven obligadas a reducir más aún los movimientos de la prima en cuestión, se comprenderá fácilmente que nuestra historia sea la historia de la servidumbre más que de la libertad y que el mundo en el cual vivimos sea ese del que acabo de hablar, un mundo que se nos revela en los hechos cotidianos, todas las mañanas, para hacer de nuestros días y semanas una sola jornada de cólera y de revuelta.

La cosa más simple y por tanto la más tentadora, es la de acusar a los gobiernos o a alguna potencia oscura de esos malos modos.

Es verdad que los gobiernos son culpables, de una culpabilidad tan vasta y espesa que ya no se ve su origen. Pero no son los únicos responsables.

* Conferencia pronunciada por el malogrado escritor el 10 de mayo de 1953, en Saint Etienne, en un acto organizado por el Comité de Relaciones Interindustriales del Loire; publicada en dos ediciones de Editorial Reconstruir en el folleto "Ni víctimas ni verdugos".

Después de todo, si la libertad no hubiera tenido sino a los gobiernos para cuidar de su desarrollo, es probable que estaría aún en el estado infantil o bien definitivamente soterrada, con la inscripción de "ha subido un ángel al cielo". La sociedad basada en la explotación y el dinero, no ha sido encargada jamás, que yo sepa, de hacer reinar la libertad y la justicia. El Estado polizonte no fue jamás sospechado de abrir escuelas de derecho en los sótanos donde interroga a sus pacientes. Por tanto, cuando los gobiernos oprimen y explotan, ejercen su oficio y quien les confíe sin control la libertad, no tiene el derecho de asombrarse de que la libertad sea inmediatamente deshonrada.

Si la libertad está hoy encadenada y humillada, no es porque sus enemigos la han traicionado. Es porque sus amigos han defecionado en parte y porque ella ha perdido en realidad a su protector natural. Sí, la libertad es viuda, pero hay que decirlo porque es cierto, ella es viuda de todos nosotros.

La libertad es cuestión que interesa a los oprimidos, y sus protectores tradicionales han surgido siempre de los pueblos oprimidos. Fueron las comunas que en la Europa feudal han mantenido los fermentos de libertad, los habitantes de los burgos y de las ciudades, que la hicieron triunfar de modo fugaz en el 89, y a partir del siglo XIX, son los movimientos obreros los que se preocuparon de hacer respetar la libertad y la justicia, a las que jamás sospecharon inconciliables.

Son los trabajadores manuales e intelectuales quienes dieron substancia a la libertad y quienes la hicieron progresar en el mundo hasta convertirla en el principio mismo de nuestro pensamiento, en el aire del cual no podemos prescindir, el que respiramos a pleno pulmón, hasta que, privadas de él, nos sentimos morir. Y si hoy, en la mayor parte del mundo, la libertad está en retroceso, es sin duda porque jamás han estado mejor armadas ni han sido más cínicas las iniciativas de esclavización; pero también porque sus verdaderos defensores —ya sea por cansancio o bien por una falsa idea de la estrategia y de la eficacia— se han alejado de ella.

El gran acontecimiento del siglo XX ha sido el abandono de los valores de la libertad por parte del movimiento revolucionario, el continuo retroceso del socialismo libertario frente al socialismo cesarista y militarizado. Desde entonces, una esperanza ha desaparecido del mundo y ha comenzado una soledad para todo hombre libre.

Cuando, después de Marx, se comenzó a difundir y a fortificar la idea de que la libertad es un pasatiempo burgués, se trataba ciertamente de una simple confusión de palabras. Y estamos pagando todavía esa confusión en las convulsiones del siglo. Porque podía decirse que la libertad burguesa era en verdad un pasatiempo, pero que no era esa toda la libertad. Era necesario decir, en verdad, que la libertad burguesa no era la libertad o que en el mejor de los casos, no lo era todavía, y que había libertades a conquistar y a no abandonar jamás.

Es cierto también que no hay libertad posible para un hombre encadenado al trabajo durante todo el día y obligado a vivir en montón con su familia en una habitación única. Pero esto condena a una sociedad y a una clase, no a la necesidad de libertad, de la que el más pobre entre nosotros no puede prescindir. Y admitido que la sociedad se transformase súbitamente y se volviera confortable y decente para todos, si la libertad no reinase en ella, aún sería barbarie.

¿Por el hecho de que la sociedad burguesa habla de libertad sin prác-

ticarla, es necesario que la sociedad de los trabajadores renuncie a practicarla, jactándose aún de no hablar siquiera de ella?

Entretanto, ha sobrevenido la confusión y la libertad se ha visto condenada poco a poco en el movimiento revolucionario, porque la sociedad burguesa hacía de ella un uso mistificador. De la justa y sana desconfianza en las restricciones que esta sociedad imponía a la libertad, se ha llegado a desconfiar de la libertad misma.

En el mejor de los casos, se la ha diferido a los siglos futuros, pidiendo que no se hable de ella hasta entonces. Se ha declarado que primero era necesario la justicia y que en cuanto a la libertad se vería después, como si los esclavos pudieran esperar obtener justicia. Intelectuales dinámicos han declarado a los trabajadores que el pan era lo único que debía interesarles, como si el trabajador no supiera que su pan dependía también de la libertad. Ciertamente, frente a la larga injusticia de la sociedad burguesa, era fuerte la tentación de llegar a esos extremos. Quizá no haya ninguno entre nosotros que no haya cedido a esa tentación, con la acción o con el pensamiento.

Pero la historia ha marchado y lo que hemos visto debe hacernos reflexionar. La revolución hecha por los trabajadores triunfó en el 17 y entonces fue verdaderamente el triunfo de la libertad y la más grande esperanza que el mundo había conocido. Pero esa revolución, cercada, amenazada, en el interior como en el exterior, se armó y se munó de una policía. Privada poco a poco de la fuerza que representa la fe en la libertad, de la cual se desconfiaba, la revolución perdió aliento, mientras se reforzaba la policía. La esperanza más grande del mundo fue así esclerosada en la dictadura más potente del mundo. La falsa libertad de la sociedad burguesa no está descontenta de ello, sino al contrario.

Lo que ha muerto en el proceso de Moscú y en otros, así como en los campos de la revolución, lo que es asesinado cuando se fusila a un ferroviario por un error profesional, como ha sucedido en Hungría, no es la libertad burguesa, es la del año 17. La libertad burguesa puede proceder al mismo tiempo a todas sus mistificaciones. Los procesos, las perversiones de la sociedad revolucionaria, le dan tranquilidad de conciencia y argumentos sólidos.

Lo que caracteriza al mundo en que vivimos es esta dialéctica cínica que opone la injusticia a la esclavización y que refuerza a la una con la otra. Cuando se hace entrar en los palacios de la cultura a Franco, el amigo de Goebbels y de Hitler, el verdadero vencedor de la segunda guerra mundial, a quienes protestan y dicen que los derechos del hombre escritos en la Carta de la Unesco son ridiculizados diariamente en las prisiones de Franco, se les contesta seriamente que Polonia está en la Unesco y que en materia de respeto lo uno vale tanto como lo otro. Argumentos idiotas, ciertamente. Si habéis tenido la desgracia de dar vuestra hija como esposa a un ayudante del Batallón de Africa, no es una razón para casar a la otra con un inspector de la Brigada de las Buenas Costumbres. Es ya demasiado tener una oveja descarriada en la familia. Sin embargo, ese argumento idiota es eficaz. Tenemos pruebas de ello.

A quien presenta al esclavo de las colonias que clama justicia, se muestra al que sufre en el campo de concentración ruso y viceversa. Si protestáis contra el asesinato de un historiador como Kalanvi, ocurrido en Praga, se os echará en cara el asesinato de dos o tres negros norte-

americanos. En esta repugnante porfía, hay una sola cosa que no cambia, la víctima, siempre la misma; un mismo valor es siempre violado y prostituído, la libertad; y se observa también que al mismo tiempo es envilecida la justicia en todas partes.

¿Cómo romper y poner fin a ese círculo infernal?

Es evidente que sólo puede hacerse restaurando desde ahora, en nosotros y en torno a nosotros, el valor de la libertad e impidiendo que ésta sea sacrificada jamás, aunque sólo fuera provisoriamente, o que se la separe de nuestras reivindicaciones de justicia. La voz de orden para todos nosotros sólo puede ser ésta: sin ceder nada en el plano de la justicia, no ceder nada en el plano de la libertad. En particular, las pocas libertades democráticas de las cuales gozamos aún, no son ilusiones sin consecuencia, que podemos dejarnos arrebatar sin protesta. Ellas representan justamente lo que nos queda de las grandes conquistas revolucionarias de los dos últimos siglos. No son, como nos lo dicen tantos astutos demagogos, la negación de la verdadera libertad. No hay una libertad ideal que nos será dada un día de golpe, como se recibe una pensión en el ocaso de la vida. Hay libertades que es menester conquistar con esfuerzo, una a una, y aquellas que tenemos son etapas, insuficientes por cierto, pero que no dejan de ser etapas en el camino de la libertad concreta. Si se acepta que se supriman, no seremos capaces de avanzar otro tanto. Si se marcha hacia atrás, un día será necesario rehacer nuevamente el camino, pero ese nuevo esfuerzo será hecho, una vez más, con el sudor y la sangre de los hombres.

No, elegir la libertad hoy, no es como para Kravchenko, pasar del estado de los aprovechadores del régimen soviético, al de los aprovechadores del régimen burgués, porque eso sería elegir dos veces la servidumbre y, última condena, elegirla para los demás. Elegir la libertad no es, como se quiere hacer entender, elegirla contra la justicia. Al contrario, hoy se elige la libertad poniéndose junto a quienes en todas partes sufren y luchan, y sólo allí es necesario elegirla. Hay que elegirla simultáneamente con la justicia y no se debe elegir la una sin la otra.

Si alguien os quita el pan, suprime al mismo tiempo vuestra libertad. Pero si alguien os quita la libertad, estad seguras que vuestro pan está amenazado, pues ya no dependerá de vosotros ni de vuestra lucha, sino del arbitrio de un amo. La miseria crece a medida que disminuye la libertad y viceversa.

Si este siglo implacable nos enseña algo es que **la revolución económica advendrá con la sola condición de que haya libertad, del mismo modo que la liberación deberá cancelar la esclavitud económica**. Los oprimidos no quieren ser liberados sólo de su hambre; quieren ser liberados también de sus amos. En realidad, ellos serán liberados del hombre sólo cuando no tengan ya motivos para temer a los amos, a todos los amos.

Agregaré que separar la libertad de la justicia significa separar la cultura del trabajo y esto constituye el pecado social por excelencia.

La derrota del movimiento obrero en Europa deriva en parte del hecho de que el mismo ha perdido su verdadera patria, aquella que le devolvía fuerzas después de cada batalla perdida, la fe en la libertad. Igualmente, el confusionismo que domina a los intelectuales de Europa deriva del hecho de la doble mistificación, burguesa y pseudo revolucionaria, que los ha separado de su única fuente de autenticidad, el trabajo y el sufri-

miento de todos y los ha separado de sus aliados naturales, los trabajadores. Yo he reconocido siempre sólo dos aristocracias, la del trabajo y la de la inteligencia y ahora sé que es insensato y criminal someter la una a la otra; sé que ellas constituyen la única nobleza, que su verdad y su eficacia están en su unión; que separadas se dejarán someter por la fuerza de la barbarie; y que unidas legislarán el mundo. Por eso, toda empresa que tienda a romper su solidaridad y a separarlas, es una empresa dirigida contra el hombre y sus esperanzas más sublimes. El primer esfuerzo de una empresa dictatorial consiste en la esclavización simultánea del trabajo y de la cultura. Hay que reducir al silencio a ambos.

Hay así, a mi juicio, para los intelectuales, dos modos de traicionar y en ambos casos la traición ocurre cuando se acepta una sola cosa: la separación del trabajo de la cultura. El primer modo caracteriza a los intelectuales burgueses que aceptan que sus privilegios sean pagados con la esclavización de los trabajadores. Ellos afirman a menudo que defienden la libertad, pero lo que defienden sobre todo son los privilegios que les da la libertad, y sólo a ellos. El segundo caracteriza a los intelectuales que se creen de izquierda y que, por desconfianza en la libertad, aceptan que la cultura y la libertad que ella supone, sean controladas, con el vano pretexto de servir a una justicia futura. En ambos casos, se acepta y se conserva la separación del trabajo intelectual y del trabajo manual, que constituye el verdadero escándalo de nuestra sociedad y que condena a la impotencia tanto al trabajo como a la cultura.

Se envilece al mismo tiempo a la libertad y a la justicia. Es verdad que la libertad injuria al trabajo y lo separa de la cultura cuando la libertad se basa en los privilegios. **Pero la libertad no está hecha de privilegios, está hecha sobre todo de deberes.** Desde el momento en que cada uno de nosotros trata de hacer prevalecer los deberes de la libertad sobre sus privilegios, desde ese momento la libertad es síntesis de trabajo y de cultura y se pone en movimiento una fuerza que es la única capaz de servir eficazmente la justicia. La verdad de la cual debemos vivir hoy, la regla de nuestras acciones, el secreto de nuestra resistencia pueden formularse de modo simple: **todo aquello que humilla al trabajo, humilla a la inteligencia y viceversa.** La lucha revolucionaria, el esfuerzo secular de liberación, se define como un rechazo incesante a las humillaciones.

La verdad es que todavía no hemos salido de la humillación.

Pero la rueda gira, la historia cambia: se acerca un tiempo, estoy seguro de ello, en que ya no estaremos solos. Para mí, nuestra reunión ya es una prueba. El hecho de que los sindicatos se unan y se estrechen en torno de la libertad para defenderla, si, esto solo, merecía que de todas partes todos acudieran para manifestar su unión y su esperanza.

No se construye la libertad sobre campos de concentración, ni sobre pueblos sojuzgados en las colonias, ni sobre la miseria obrera. No, las palomas de la paz no se posan en las horcas; no, las fuerzas de la libertad no pueden mezclar a los hijos de las víctimas con los verdugos de Madrid o con otros verdugos.

De esto al menos podemos estar seguros, como estamos seguros de que la libertad no es un regalo que pueda venirnos de un Estado o de un jefe, sino un bien que se conquista todos los días con el esfuerzo de cada uno de nosotros y con la unión de todos.

Viaje a través de Utopía, por María Luisa Berneri: Editorial Proyección; Colección Signo Libertario, volumen de 370 páginas; Buenos Aires, noviembre 1962.

María Luisa Berneri, la malograda escritora y militante libertaria que falleció a los 31 años de edad, está presente en esta obra extraordinaria —viaje de investigación a lo profundo de cuanto considera digno de ser estudiado y expuesto a la luz pública— en que el lector cultivado en el conocimiento de las utopías de distintas épocas y orientaciones, se encuentra con información novedosa sobre algunas casi olvidadas o desapercibidas en la historiografía especializada, y en la cual todos, expertos y profanos, descubren algo que pone de relieve la categoría intelectual de la joven ensayista: una interpretación precisa, ilustrada por referencias documentales tan abundantes como selectas, de la sustancia viva, de la esencia fluyente de cada una de las antiguas o recientes construcciones de los imaginadores de sociedades del futuro. Para la autora, vale el análisis objetivo y sereno, que no se deja deslumbrar por las luces superficiales; por eso apunta sus rayos detectores en todas las direcciones, para poder calificar con justeza la tipología de cada caso examinado. Desde las famosas ideaciones utópicas de Platón y de Licurgo, hasta las bien conocidas fantasías de Wells y de Aldous Huxley, va desentrañando verdades: lo bueno o malo, lo plausible o repudiable, lo que florece en formas de vida solidaria con signo libertario o lo que muestra —a veces tras apariencias praxivas a confundir incluso al más avezado— una rígida inspiración y finalidad autoritaria que pretende edificar todo sobre el sometimiento y la degradación del hombre.

Algunas palabras del prólogo escrito por Lewis Mumford para la edición en castellano, serían suficientes para aquilatar la significación del libro: "Como antiguo investigador de utopías siento especial predilección por esta obra, pues ella es el más comprensivo y penetrante estudio de esta tierra ideal de que tengo conocimiento, en cualquier idioma. Aunque, felizmente, de dimensiones modestas, esta obra es de alcance superior a mi propio libro y al de Hertzler".

En una delimitación que va marcando en los seis densos capítulos de su trabajo, María Luisa Berneri define las particularidades del utopismo: "Dos tendencias principales —es-

cribe en la introducción— se manifiestan a través de los siglos. Una busca la felicidad humana mediante el bienestar general, la inmersión del individuo en el grupo y la grandeza del Estado. La otra, aunque exigiendo también cierta medida de bienestar material, entiende que la felicidad es el resultado de la libre expresión de la personalidad, y que ésta no debe ser sacrificada a un código moral arbitrario ni a los intereses del Estado".

Cuando analiza la naturaleza de la famosa "República" de Platón, afirma que el entusiasmo provocado por esta última en tantos pensadores ilustres, sólo se explica, en parte, por no estar esos admiradores en condiciones de valorar sus desventajas, por la poca experiencia tenida del totalitarismo. Al referirse a la no menos alabada legislación de Licurgo, destaca el desprecio por la libertad individual presente en todas sus leyes, acompañantes del ciudadano desde la cuna a la tumba. Describe otras célebres concepciones utopistas, expresando que Thomas More (*Utopía*) elimina la propiedad, pero mantiene la esclavitud; Campanella (*La ciudad del sol*), ardiente católico, quiere abolir el matrimonio y la familia; Andreae (*Christianopolis*) toma ideas de ambos, pero confía en una reforma religiosa más honda que la de Lutero; Bacon (*La Nueva Atlántida*), quiere conservar el gobierno monárquico y la propiedad privada y finca la felicidad en el progreso científico.

James Harrington (*Oceano*) combina las derechos políticos con un Estado fuerte; Thomas Hobbes (*Leviatán*) preconiza el derecho absoluto del Estado; Gerard Winstanley (*La ley de la paz*) revela singulares precedentes de similitud con ideas mucho tiempo después expuestas por Proudhon sobre la propiedad y por Kropotkin sobre el apoyo mutuo; Gabriel de Foigny (*Las aventuras de Jacques Sadeur*) es el primer utopista que concibe una sociedad sin gobierno. Diderot (*Suplemento del Viaje de Bougainville*) logra un notable impacto contra los códigos morales en vigencia.

Pasando a las utopías del siglo XIX, la autora cita definiciones de Federico Engels —en su obra *Del Socialismo Utópico al Socialismo Científico*— y disiente de su opinión cuando afirma que los "esquemas utópicos eran menos realistas que los de los socialistas científicos". Se refiere en especial a Owen, Fourier y Saint-Simon, cuyo influjo destaca sobre las utopías de la centuria pasada, haciendo la salvedad que los

dos primeros, contrariando la corriente dominante del socialismo del siglo XIX, creían en la superioridad de las pequeñas comunidades agrarias sobre el gobierno centralizado y la gran industrialización, si bien ninguno de los tres tenía mucha confianza en la capacidad estatal para fines de transformación social. Louis Blanc (*La organización del trabajo*) es de los primeros que asigna al Estado esta última misión.

Del interesante estudio sobre el *Viaje por Icaria*, de Cabet, concluye que si casi todas las utopías están signadas por el sello autoritario de la uniformidad, la centralización y el control estatal, en el renombrado viaje icariano se exageran en extremo estas características. De la novela utópica de Lord Lytton *Lo porvenir* (*The Coming Race*; traducción literal: "La Raza del Porvenir"), deduce que dicho autor, muy influido en su juventud por las ideas del William Godwin y luego por las de Fourier, tomó del uno la concepción de una sociedad sin Estado y del otro las normas de trabajo, resultando de tales influencias opuestas las lógicas contradicciones de su ficción societaria.

No podía faltar un extenso ensayo referido a *El año 2000* de Edward Bellamy, cuyo éxito editorial atribuye al "claro y práctico enfoque de los problemas económicos" coadyuvado por "la anécdota sentimental —muy al gusto de la época— con que entreteje su descripción de la sociedad futura". No deja de precisar ciertos rasgos antipáticos de su utopía, uno de los cuales es el empleo constante de la coerción, que cubre etapas forzosas para el estudio, la conscripción obrera, el paso por "tres años de trabajo sucio" antes de la elección de un trabajo a gusto, la obligación de ejecutar una labor que se asegura fácil y agradable.

Como verdadero oasis en la atmósfera sofocante de las utopías de Cabet y Bellamy, dice la autora, aparece la Inglaterra utópica de William Morris. *Noticias de Ninguna parte* es casi por completo la antítesis de *El año 2000*. Allí "podemos vivir de veras, porque no se nos cataloga ni se nos dirige, sino que se nos deja disponer libremente de nuestra vida". Entre las peculiaridades de esta gran novela de Morris, anota que está libre de la rigidez y de la artificialidad de la generalidad de las utopías, precisamente porque su autor sólo escribe sobre las cuestiones que conoce a fondo y le interesan. No pretende ocuparse de todas las cosas humanas, ni que su sociedad sea la única perfecta y deseable. Lo esencial es que Morris "comprendía que el estilo de vida de una colectividad no puede elaborarse en la mente de un individuo, sino que ha de ser creación espontánea de todos los integrantes de esa colectividad". En una última referencia a las utopías del siglo pasado se

ocupa de la sátira de Eugene Richter, jefe de la bancada liberal en el parlamento germano, titulada *Cuadros de un futuro socialista*.

A las utopías modernas dedica María Luisa Berneri el último capítulo del libro. Menciona trabajos de Anatole France (*La Pierre Blanche*), de Gabriel Tarde (*Underground Man*) y de Sebastián Faure (*Le Bonheur Universel*), para pasar a las obras de H. G. Wells intituladas: *A Modern Utopia* y *Men Like Gods* ("Una moderna utopía" y "Hombres como Dioses"), poniendo de relieve que, no obstante su alegato en favor de la libertad, cae en el vicio de todos sus antecesores, estableciendo una copiosa legislación. La misma posición —término medio entre individualismo y socialismo— había ocupado Theodor Hertzka, el economista austriaco, en su *Freiland's Social Anticipation* (1891). El extenso estudio ilustra sobre los cambios del relevante historiador y novelista inglés, las coincidencias y contradicciones que se observan a lo largo de las dos obras citadas.

Después de referirse a los autores modernos, como Lewis Mumford y Ethel Manning, que se ocupan de las utopías, caracteriza la literatura del período comprendido entre las dos guerras mundiales, en la que predomina "un profundo escepticismo con respecto a la capacidad del Estado para transformar la sociedad", señala la sumisión de muchos escritores ante los regímenes totalitarios, comunistas o vagamente socialistas, y la actitud de otros que proclaman los derechos del individuo. Analiza la posición e influencia de los escritores contemporáneos —Silone, Kafka, André Gide, Carlo Levi, Herbert Read, Sartre, Bretón, Camus, Miller, Mumford, Geddes, Forster, Warner, Graham Green y otros—, para pasar a la antiutopía de Zamyatin (*Nous Autres*, aparecida en Rusia a fines del decenio de 1920), a la conocida obra de Huxley, *Un Mundo Feliz*, no sin citar la sátira de George Orwell: *Rebelión en la Granja*.

Después de un intermedio que brinda una graciosa canción insertada como ejemplo de folclore utópico, el libro se cierra con un nutrido complemento bibliográfico, previa explicación de su significado, que ofrece las principales fuentes a que acudió la autora, clasificadas según el orden de los propios capítulos de su "Viaje a través de Utopía".

Como juicio sintético, nuestra coincidencia es total con las palabras con que George Woodcock termina su prólogo de la edición inglesa: "El libro de María Luisa Berneri no sólo reviste interés por su manifiesto erudición; es algo más que mera recopilación y análisis de las utopías, pues muestra, con notable claridad, la relación entre el pensa-

miento utópico y la realidad social. Se ubica, así, entre los libros importantes que en estos últimos años han venido alertándonos sobre el destino que aguarda a quienes son tan incautos como para confiar en un mundo regimentado".

Una excelente traducción realizada por Elbia Leite y la esmerada presentación tipográfica, contribuyen a dar al volumen editado con tanto acierto por la Editorial "Proyección", la jerarquía que merece una obra que por sus grandes méritos aporta la luz del pensamiento libertario a un tema siempre actual y hace más honda la gratitud y más emocionado el recuerdo que suscita en nosotros el nombre de María Luisa Berneri.

J. M.

O retrato da ditadura portuguesa,
por **Edgar Rodrigues.** 220 pági-
nas. **Editora Mundo Livre,** Río de
Janeiro.

Desde el advenimiento de Oliveira Salazar al poder, en Portugal, treinta y cinco años atrás ya, Edgar Rodrigues —activo luchador portugués— se ha convertido en el juez permanente e inexorable de su siniestra actuación, tanto con la incansable actividad personal como con la profusa labor de difusión en la prensa obrera. Es de comprender, por ello, que los largos años allí pasados, no hayan sido los más felices de su vida. Hasta que por fin pudo pasar a Brasil, donde prosiguió su vasta labor escrita, que desde el año 1957 busca hacer más permanente trasladándola al libro.

Luego del inicial "Na Inquisição de Salazar", publicó "A fome em Portugal", que ya nuestros lectores conocen por anterior reseña. Leyendo este tercero, "O retrato da ditadura portuguesa", se nos ocurre que está faltando —y habría que intentarlo— el estudio conjunto de los tres volúmenes, para de la imagen (tremenda imagen, por cierto) de ese régimen, obtener, ordenadamente, a través de tan responsable militante, los para nosotros desdibujados factores de poder que logran mantener en pie, si bien en lucha feroz por sobrevivir, a una de las más singulares tiranías del continente europeo. Singular, porque no basta que superficialmente comprobemos que es de clara inducción clerical, al servicio de la oligarquía autóctona y de los consabidos trusts extranjeros. Ya que esas características también las ofrecen las demás dictaduras. Sin que como la lusitana logren —por ejemplo— servirse del ejército y a la vez mantenerlo en un humilde segundo plano que no pue-

den sobrepasar los jefes castrenses, fuera del general o almirante que, por turno, vienen desempeñando la presidencia, en una figuración histriónica que hace más evidente su servidumbre. Ni tampoco gozan del reiterado silencio que sobre ella se mantiene en el exterior luego de cada ruidosa tropiezo del dictador, como si en Portugal se viviera en el mejor de los mundos, tal como el que allí se ha querido crear para refugio de reyes y nobles exilados. No sucede así, ciertamente, desde que falta la libertad. El pueblo portugués posee una energía secularmente puesta de manifiesto por sus incontables adelantados y un nivel cultural que produjo muy grandes figuras tanto en la ciencia como en el arte y que no parece palidecer pese a una generación oprimida, de pauperización sistematizada y de virtual fomento del analfabetismo. Por sobre la indiferencia y silencio de la información exterior, sabíamos que allí no sólo pasaba algo, si no mucho. Este libro de Edgar Rodrigues documenta que, además, eso que pasa es terrible.

Ya en el proemio aclara que, sin intención de favorecer ninguna corriente ideológica, ni siquiera atacar a los esbirros de la tiranía como personas, el autor ha querido divulgar la vasta documentación recogida durante su larga y penosísima permanencia en el Portugal de Oliveira Salazar. En efecto, algunos fragmentos ratifican cuanto Rodrigues publicara, en forma de pequeñas notas como los "campos de la muerte", Tarrafal, etc. Se sobreentiende así no juzgue necesario ahondar en el juicio personal —si bien está él presente no sólo en la intención del libro sino también en la elaboración de todos y cada uno de los relatos, patéticos y numerosos— a los fines de que el enjuiciamiento surja del propio lector, para el que implacablemente reseña dantescas vivencias.

Hay que reconocer que el tenaz luchador antitotalitario también en este sentido hace gala de su honradez, sacrificando toda posible gala literaria en aras de la veracidad: hechos, nombres, cifras; largas listas de víctimas; otras de sus victimarios y su ubicación, burocrática y geográfica; documentos, reproducciones y notas gráficas (entre las que alguna muestra hasta a un antifascista en el ataúd después de ser ultimado por las hordas dictatoriales), nada se perdona al lector que página a página transita acongojado a través de esta larga crónica del desborde salazarista. Como que "O retrato da ditadura portuguesa" es un documento impresionante de tres decenios de salvajes represiones contra un sindicalismo tradicional por lo consubstanciado con el modo de ser popular portugués. Asimismo, del movimiento naturalmente secreto pero de acción permanente de resistencia, que trata de sobre-

ponerse inclusive al trabajo negativo de los comunistas, especialmente puesto de manifiesto durante la revolución española. Paso a paso vamos siguiendo la instalación de la dictadura, su afianzamiento por medio del montaje de una maquinaria represiva, la "Pide", con tentáculos internacionales, principalmente en Brasil, y a la cual vemos funcionar en las preparadas elecciones con que periódicamente se envuelve en un matiz legalista. Y por último, hay una detallada y clara exposición sobre la verdadera cara del actual colonialismo portugués —que en tantos aprietos está poniendo a Occidente últimamente— en una época en que los otros países imperialistas están cambiando el colonialismo de ocupación armada por el más eficaz de la división geográfica seguida por la compulsión monetaria. Un imperialismo portugués tristemente reducido a una cantidad de campos de concentración en ultramar para obreros y opositores metropolitanos, diseminados en amplios sectores isleños y africanos de expoliados y famélicos indígenas.

"O retrato da ditadura portuguesa" pasa a formar parte de los libros que deben ser conocidos. Aunque no hará feliz a nadie leerlo.

A. C.

Tipos españoles, por Felipe Alaiz. Ediciones Umbra. París, 1962.

Felipe Alaiz —recientemente fallecido en Francia— fue un activo militante del movimiento libertario español; vivió los últimos años de su existencia en el destierro después de la trágica liquidación de la guerra civil que condujo a Franco al poder. Sus amigos han resuelto recoger en volúmenes la obra del camarada admirado —producción cuantiosa dispersa en periódicos y revistas— para perpetuar su memoria y rescatar del olvido tanta labor henchida de noble pasión combatiente.

"Tipos españoles" es el segundo tomo dado a luz por las imprentas parisienses, a fines del año pasado; el primero es "Quinet". Felipe Alaiz fue periodista por antonomasia. Pero decir periodista como calificación profesional y temperamental exige, en este caso, algunas precisiones aclaratorias, pues hay periodistas y periodistas. La aclaración se hace aún más necesaria en tratándose de un periodista europeo, porque en la prensa de aquel continente no se estilaba, como entre nosotros, la producción anónima, modalidad distinta que no carece de importancia. El hecho de firmar artículos, glosas, comentarios críticos, crónicas o gacetas de distinta índole implica una mayor

responsabilidad en el redactor, de tal modo que la tarea periodística, frecuentemente cotidiana, afirma la personalidad, linda con la literatura, con el ensayo breve que es género crítico y por lo tanto filosófico cuyo estilo es literario. La prosa periodística de Alaiz generosamente ofrecida durante décadas en las páginas de la prensa, en España y en el destierro, revela en su autor la presencia de una pluma capaz de más alto vuelo y mayor hondura a poco que las exigencias del oficio no lo hubiesen sustraído a una faena reflexiva menos apremiante y con destino menos efímero.

No obstante, el hecho de que la prosa cotidiana de Alaiz resista sin mengua la prueba del libro y la de tiempo, demuestra los quilates de su pensamiento y la solidez de su estilo tan penetrado de pasión como de espíritu analítico en admirable equilibrio. Estos breves ensayos, escritos hace casi dos décadas (desde 1935 a 1936) agrupados bajo el título genérico de "Tipos españoles", versan sobre personajes que actuaron en el escenario de la vida española en los planos de la literatura, de la política o de la guerra. Son biografías rápidas y ceñidas, prosa nerviosa y densa. Alaiz enfoca a los personajes en su total dimensión humana, no tan sólo en cuanto literatos, políticos o guerreros; los somete a juicio como expresiones de vida humana y de vida histórica; al mismo tiempo que discurre sobre lo que eran, nos dice lo que hacían, cómo y por qué hacían. Pero estos seres vivieron en un determinado momento y un determinado país; expresaban, entonces, una realidad histórica que los envolvía y de la cual eran, naturalmente, protagonistas, en cierto sentido, negativos o positivos, merecedores del aplauso o del escarnio, de la condena o la compasión. Por ejemplo, Alaiz juzga al poeta famoso no tan sólo con criterio literario, sino con incisivo espíritu de disección humana, juzga a la obra en conexión íntima con el creador y con la sociedad en que se sustentaba. Abarca, merced a este método crítico, un amplio paisaje cultural e histórico que trasciende la personalidad del poeta motivo de su ensayo biográfico. De este modo, lo que necesita Alaiz es un punto de apoyo donde colocar una palanca crítica; luego, sin mucho esfuerzo, con cierta delectación, con elasticidad imaginativa no exenta de básico realismo, levanta al castillo severo de su filosofía moral clínica, irónica, no muy optimista por cierto, con abundante dosis de españolísimo humor, de esa especie de humor hispano que Unamuno denominaba "mal humor"... Alguien ha dicho que para hablar mal de los españoles, los españoles se pintan solos. Alaiz es un ejemplo de implacable autocrítica nacional a través de sus tipos españoles. Deshace mitos vulgares con

tal ímpetu que se le va la mano; destruye al mito pero también a esa dosis de realidad que todo mito entraña; no deja títere con cabeza, y más de una cabeza volteada no es tan vacía en absoluta como Alaiz quiere demostrar. El mal humor es arbitrario. No pocas afirmaciones de Alaiz infunden sospechas de arbitrariedad aún cuando pudieran ser muy justas. A veces, la tentación de un feliz juego de palabras, de una frase maliciosamente farsesca que le sale espontáneo de la pluma, lo estimulan a forjar sentencias tan increíbles como brillantes. Dicen que el estilo es el hombre. Alaiz no es un crítico frío, imparcial, sino apasionado. Y la pasión no siempre gusta ser amiga de la ecuanimidad. No le oculta nuestro crítico: "Yo siento **apasionadamente** lo que pienso, y soy un poco humorista, pero a la hora de la verdad soy más serio que nadie y no rebajo ni un real"... dice por ahí. Donde Alaiz pone **serio** habría que sustituir el término por **tremendo**; y en cuanto a rebajar, no puede, pues su natural tendencia lo impulsa a lo contrario. Pero, paradójicamente, ciertos defectos humanos suelen ser virtudes del escritor. Gracias a su sinceridad temperamental sin restricciones, merced a la espontánea e incontenida manera de decir sus verdades —que no pretenden ser la verdad absoluta y única del dogmático— la prosa de Alaiz adquiere una cálida vibración simpática que colorea y destaca plásticamente los aspectos fundamentales de su análisis y de su filosofía corrosiva. Pero toda negación supone una afirmación

contraria implícita. De manera que la negación de Alaiz no es un fin en sí mismo, no es como una llama que se consume en su ciega actitud suicida. De ningún modo; el escritor acentúa las sombras para que resalte, por mejor contraste, la luz de un ideal que ilumina la noche densa como un relámpago. Sobre el negro telón de fondo diseña las imágenes de una emoción libertadora de prejuicios, de mentiras convencionales, de fatuidades individuales y colectivas, de ese inocable y perdurable repertorio de conceptos heredados y frases hechas que esclavizan la mente y entenebrece el alma. El mal humor de Alaiz tiene su razón de ser; se nutre, quizá, de un exceso de sensibilidad, de un furor justiciero, de un pensamiento que no sólo es razón, sino pasión; no escribe, en fin, con fría tinta neutra, sino con sangre caliente. Aquí reside el hechizo de su prosa sin excluir, desde luego, otras excelencias que le son dadas por añadidura, como las de su originalidad y las de los planteos insólitos de problemas que siguen siendo actuales y lo serán quien sabe por cuanto tiempo. Las arbitrariedades fácilmente señalables en algunos juicios hay que admitirlas como juegos verbales, como exceso de vitalidad, como licencias que el escritor se permite a sabiendas que, como el tábano socrático, servirán para mantener despierto al irritado lector que no sepa comprender el ánimo travieso con que han sido echadas sobre el papel.

Luis Di Filippo.

RECONSTRUIR

PUBLICARA EN EL PROXIMO NUMERO:

- + A veinte años del advenimiento del peronismo. Por Jacobo Prince.
- + Contestan los jóvenes. Cuestionario de Redacción.
- + El existencialismo, moda de posguerra. Por H. Koechlin.
- + Campos de acción. Por Jorge Niero.
- + Angel Samblancat, original y fecundo escritor libertario. Por Campia Carpio.
- + Archivo: Un mensaje de la C.N.T. española.
- + Antología: Autocrítica de un marxista. Por Edgar Morin.
- + Secciones y notas.

Publicaciones recibidas

LIBROS:

BREVE STORIA DEL SINDACALISMO LIBERTARIO SPAGNOLO, por José Peirats, Ediciones Collana Parro, Génova, Italia, (228 páginas).

EL ZORRO Y LAS CAMELIAS, por Ignazio Silone, Colección Editorial Proyección, Buenos Aires, (180 páginas).

TIPOS ESPARDOLES, por Felipe Alalz, Tomo II, Ediciones Umbral, París, Francia, (224 págs.).

ESCARCEOS SOBRE CHINA, por Víctor García, Ediciones Tierra y Libertad, México, D.F.

LA REVOLUCION DE CASTRO, por Theodore Draper.

VIAJE A TRAVES DE UTOPIA, por María Luisa Berneri, Colección Signa Libertaria, Ediciones Proyección, Buenos Aires, (362 páginas).

FOLLETOS:

CATALOGO DE PUBLICACIONES, (1950-1960), Ediciones FAQ, Italia.

HUNGRIA BAJO LA DOMINACION SOVIETICA, (1962), Publicado por la Delegación Permanente de la Asamblea de Naciones Europeas Cautivas, Montevideo, Uruguay.

HENRY DAVID THOREAU, por Luis Di Filippo, Revista "Universidad", Santa Fe.

REVISTAS:

RUTA, Órgano de la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias, Caracas, Venezuela.

LE CONTRAT SOCIAL (Vol. VI, Nros. 5 y 6), Publicado por el Instituto de Historia Social, París, Francia.

CUADERNOS (Nros. 65, 66, 67, 68 y 69), Revista mensual del Congreso por la libertad de la Cultura, París, Francia.

IL CAMPO, Revista de Cultura, Nº 1, 1962, Editore Mariano, Galatina, Italia.

VOLONTA (Nros. 8-9, 10, 11 y 12), Revista anarquista mensual, Génova, Italia.

DEFENSE DE L'HOMME (Nros. 167, 168, 169 y 170), Revista Mensual, Cannes, (Alpes-Maritimes), Francia.

COMUNIDAD IBERICA (Nº 1), Publicación Bimestral, México, D.F.

NOIR ET ROUGE (Nº 22), Cuadernos de Estudios Anarquistas, Revolucionarios, Octubre-Noviembre de 1962, París, Francia.

COMBATE (Nros. 22, 23, 24 y 25), Publicación del Instituto Internacional de Estudios Políticos-sociales, San José, Costa Rica.

ANALISE E SINTESI LIBERTARIAS, por A. E. Lisenko, Rio de Janeiro, Brasil.

TIERRA Y LIBERTAD (Nº 233), Octubre de 1962, México D.F.

BOLETINES:

FICHES D'INFORMATION (Nros. 3-4), Estudios Anticolonialistas, París, Francia.

CONGRESO POR LA LIBERTAD DE LA CULTURA (Nº 5), Santiago, Chile.

BOLETIN DE INFORMACION LIBERTARIA (Nº 7), Editado por la Delegación General del Movimiento Libertario Cubano en el Exilio, Miami, EE. UU.

COMMISSION INTERNATIONALE DE LIAISON OUVRIERE (C.I.L.O.), Edición francesa Nº 22, Diciembre de 1962, París, Francia.

LA VOCE (Nº 1-2), Boletín del Anarcosindicalismo, A.I.T., Italia.

INFORMATIONS CORRESPONDANCE OUVRIERES (Nº 13), Diciembre de 1962, París, Francia.

PANORAMAS

Revista bimestral del Centro de Estudios y Documentación Sociales

SUMARIO DEL NUMERO 2

marzo-abril de 1963

¿PUEDE FUNCIONAR AMERICA LATINA? con textos de Víctor L. Urquidí y R. F. Behrendt

LA QUIEBRA DEL MONOLITISMO

DON QUIJOTE LIBERADO, por A. Lunacharsky

PERU, ADVERTENCIA, con artículos de Andrés Townsend y Anibal Ismael

RECUERDOS DE UN SINDICALISTA COLOMBIANO

UN MANUAL DE EDUCACION CIVICA: Las técnicas de desarrollo

Aguja de Marear - Homo Sapiens - In memoriam - Fichas - Cómo nos ven - Biblioteca

Suscripción anual: en América \$ 2 Dls.

Otros continentes: \$ 3 Dls.

Tómesis 1, México 5, D.F. México

Director: VICTOR ALBA

Ediciones RECONSTRUIR

El Nuevo Israel, por Agustín Sauchy. 160 páginas. Precio del ejemplar m\$n. 35.-.

El otro Rosas, por Luis Franco. Segunda edición. 340 páginas.

Pasión de justicia, por Iris T. Pavón. Recopilación de poesías. 128 páginas. El ejemplar: m\$n. 10.-.

• colección "RADAR"

1 **La voluntad de poder como factor histórico**, por Rudolf Rocker. (Agotada).

2 **Reivindicación de la libertad**, por G. Erneston. 68 páginas. m\$n. 20.- el ej.

3 **Ni víctimas ni verdugos**, por Albert Camus (Segunda edición ampliada). 100 páginas. m\$n. 30.- el ej.

4 **Antes y después de Caseros**, por Luis Franco. (Agotada).

5 **Origen del socialismo moderno**, por Horacio E. Roque. 68 páginas. m\$n. 20.- el ej.

6 **El cooperativismo puede evitar la guerra**, por James P. Warbasse. 68 páginas. m\$n. 20.- el ej.

7 **Capitalismo, democracia y socialismo libertario**, por Agustín Sauchy. 68 páginas. m\$n. 20.- el ej.

8 **Arte, poesía, anarquismo**, por Herbert Read. (Segunda edic.) 100 páginas. m\$n. 40.- el ej.

9 **Alejandro Korn, filósofo de la libertad**, por Francisco Romero. 68 páginas. m\$n. 20.- el ej.

10 **Biografía sacra**, por Luis Franco. 68 páginas. m\$n. 20.- el ej.

11 **La solución federalista en la crisis histórica argentina**, por Juan Lazarte. 68 páginas. m\$n. 20.- el ej.

12 **La Revolución popular húngara**, por autores varios. 100 páginas. m\$n. 20.- el ej.

13 **Albores de libertad**, por Eugen Reigl. 100 páginas. m\$n. 25.- el ej.

14 **Bolcheviquismo y anarquismo**, por Rudolf Rocker. 84 páginas. m\$n. 20.- el ej.

15 **La contrarrevolución estatista y Socialismo y humanismo**, por G. Erneston. 84 páginas. m\$n. 25.- el ej.

16 **Testimonios sobre la revolución cubana**, por Agustín Sauchy. 68 páginas. m\$n. 20.- el ej.

17 **España en la ruta de la libertad**, por Manuel Villar. 100 páginas. m\$n. 40.- el ej.

FRANQUEO PAGADO Concesión Nº 275	CORREO ARGENTINO Secursal Nº 20
TARIFA REDUCIDA Concesión Nº 3208	

precio del
ejemplar:
m \$ n. 20.-